

tres ó cuatro ratones por el suelo, y observa que la ventana da á un patio, en el que hay un herrero y dos cuadras, media docena de gallinas y un gallo cacareador.

El ama hospitalaria no gasta para sí un solo maravedí: todo para sus queridos huéspedes; para ellos se hace en los últimos meses del año la provision del rico tocino castellano, del aceite andaluz, del vino manchego, de las frutas de Aragon; para ellos se paga al casero anticipado, y se riñe con él para que pinte la sala ó ensanche los pasillos; para ellos se compran muebles por ferias, se visten de estera los pisos en los primeros dias de noviembre, ó se almazarronan los suelos en los últimos de mayo; para ellos, en fin, se tienen criadas, gallego, y farol en el portal.— Unicamente que de aquellos tocinos, de aquel aceite, de aquel vino, de aquellas frutas, diezma la casera las primicias para su ordinaria refaccion. Que de aquellos muebles, de aquellas esteras, de aquella habitacion, se sirve con ellos á *perfecta vicenda* para sus regulares necesidades. Que aquel farol á ella tambien la ilumina, y aquellos criados á ella obedecen, y reconocen por única ama en todo rigor. Todo esto, amen del estipendio diario, semanal, ó mensual, de cada uno de los huéspedes ó de todos *in sólido*, cuyo tributo viene al cabo de algunos años de afanada tarea á convertirse en una modesta suma con que dotar á la hija, ó poner una prendería, ó comprar un segundo marido, ó librar de la suerte de soldado al sobrino colegial.

Y sin embargo, todo ello no basta casi nunca para asegurarla al cabo de sus años una existencia independiente y cómoda; y la misma honrada matrona que toda su vida ofreció benévola su techo hospitalario al forastero, suele implorar en sus últimos dias la caridad pública en el lecho de un hospital.

EL PRETENDIENTE.

Tratando de delinear los tipos mas generales y característicos de la sociedad española, muy pocos pasos podriamos dar en tan vasto campo, sin tropezar de buenas á primeras con el que queda estampado por cabeza de este artículo.

Donde quiera, con efecto, que dirijamos nuestra vista, donde quiera que alarguemos nuestra mano, *el pretendiente* nos presenta su atareada figura, *el pretendiente* nos ofrece su envejecido memorial.—Desde el humilde taller del artesano, hasta los aureos escalones del trono, ni una sola clase, apenas ni un solo individuo, dejamos de ver atacado mas ó menos de esta enfermedad endémica, de este tifus contagioso, designado por los fisiologistas de sociedad con el espresivo título de *la empleo-mania*; y aunque variados en los accidentes, siempre habremos de reconocer en todos ellos los caracteres principales de tal dolencia; la ambicion ó la miseria por causas; la agitacion, la intriga y desvelo por efectos consiguientes.—El término del mal tambien varia segun los individuos ó segun las circunstancias; los hay que se darían por sanos y salvos con la posesion de una estafeta de correos ó un estanquillo de tabacos; los hay

que aspiran á ornar su persona con un capisayo de obispo ó un uniforme ministerial; hasta los hemos visto, que en una elevada clase, no dudaron un punto en lanzarse á la pelea y conmover al país á trueque de conquistar una corona.—Todos son *pretendientes*; todos están atacados del tifus de la ambición.

Para conseguir sus deseos, cada cual pone de su parte los medios respectivos que entiende por mas análogos; y estos medios, este sistema, varian tambien frecuentemente segun los caracteres peculiares de cada siglo, de cada *civilizacion*; de cada mes.—Los que eran ayer oportunos y de seguro efecto, suelen aparecer hoy ridiculos y producir el contrario; los que en el momento presente están indicados, hubieran sido temerarios ejercidos en la antigüedad;—*la antigüedad* en el lenguaje moderno, suele ser la década última, el año pasado; y nunca mas que ahora tiene su significacion genuina la emblemática figura del tiempo viejo y volador.

Tanto mas difícil para el dibujante retratar con exactitud la fisonomía de un objeto tan móvil, cuanto que á cada paso se viste como el camaleon de los colores que le rodean; que ayer humilde, hoy arrogante; ayer hipócrita y compungido, hoy desenvuelto y lenguaraz, como que parece desafiar á la observacion mas constante, al mas atinado pincel, á la pluma mas bien cortada.

Válgannos, pues, para el desempeño mas ó menos acertado de nuestra difícil tarea los procedimientos velocíferos del siglo en que vivimos; hagamos en vez de un esmerado retrato al óleo, un risueño bosquejo á la aguada; y si esto no basta, préstenos el *daguerreotipo* su máquina ingeniosa, la estereotipia su prodigiosa multiplicidad, el vapor su fuerza de movimiento, y la viva lumbre de su llama el fantástico gas; aun asi, procediendo con tan rápidos auxi-

liares y pidiendo por favor al modelo unos instantes de reposo, todavía nos tememos que ha de cambiar á nuestra vista, y que si le empezamos á dibujar semejante, ha de haber envejecido antes que concluyamos la operacion.

Para ofrecer algun ligero estimulante al complaciente auditorio, bueno será preparar la escena en que ha de aparecer nuestro protagonista, con una primera parte que sirva de prólogo ó introito como acostumbran los modernos dramaturgos, en el cual alargando nuestra vista retrospectiva á unos diez ó doce años atras, podremos observar cual era entonces el *pretendiente cortesano* y cuales las condiciones á que habia de sujetarse en aquella *clásica* sociedad.—Este paso retrógrado que habrán de dar con nosotros los lectores, hallará gracia en sus corazones, siquiera no sea mas que por la circunstancia de trasladarse en imaginacion á una edad mas juvenil; que tambien en retroceder hay progreso, sobre todo cuando se cuentan diez ó doce navidades de *progreso* mas.

1823 á 1833.

No bien en aquellos *pretendidos* años apuntaba el bozo en el labio superior del mancebo, y no bien el sacristan del pueblo y el maestro de escuela habian declarado solemnemente que el muchacho *prometia mucho*, como que sabia de memoria casi todas las églogas de Virgilio y recitaba á propósito el *¿Quousque tandem CATILINA?* á todas las Catalinas del pueblo; cuando el padre vicario ó el administrador del duque, que se interesaban por la viuda madre del mancebo, le tomaban bajo su proteccion y amparo: inculcándole los mas recónditos preceptos de la ciencia del mundo, y con ellos en la cabeza y unos cuán-

tos ducados en el bolsillo, encaminábanle á la córte atravesado en un macho, en busca de la próspera fortuna.

Durante el camino (que por lo regular pasaba de la semana) podia el muchacho entregarse á su sabor á mil profundas meditaciones sobre su porvenir; y adiestrado por las indicaciones de sus maestros, se revestía ya de aquella amanerada compostura, de aquel exterior respetuoso y deferente, de aquella completa abnegacion de los propios deseos, que al decir de sus patronos le eran necesarios para conquistar las voluntades ajenas, para obtener del poderoso el necesario favor.—«No hay hombre sin hombre»—repetíase á sí mismo el aventurero viandante; y esto le daba materia á estenderse en cálculos sobre cual seria el hombre que el cielo le destinase por escudo, el que la próspera fortuna le habia de brindar como escabel. Sin embargo, la severidad del aspecto del que él suponía su futuro ángel tutelar, lo rígido del servicio ageno y lo crítico de la edad propia, influían alternativamente en la imaginacion del mancebo, y allá en lo mas íntimo de su corazon, repitiendo fervientemente el axioma del «hombre con hombre» se ponía á pedir á Dios y los santos que aquel hombre fuese, si era posible... una muger.

Llegado á Madrid, su primera diligencia era entregar las cartas del vicario al padre guardian de San Francisco, ó al mayordomo de S. E. el regalito del administrador; con lo cual y sus sucesivas visitas al paisano funcionario ó al pariente mercader, entregábase nuestro neófito á las primeras pruebas de su curso social, de este curso que el vulgo maligno se placia en designar con el título expresivo de *gramática parda*; que los rígidos censores apellidaban *falsa mónita*; y que daba en fin al que sabia aprovecharle el apreciado título de *mozo de provecho*.

Un mozo de provecho era por entónces un diligente mancebo, que hacia buena letra y ayudaba á misa todos los dias; que si su patrono era el fraile, entraba de esclavo en tres ó cuatro cofradías, llevaba el estandarte en las procesiones, ó en los rosarios el farol: si servía al abogado ó al fiscal, limpiaba las ropas, ó ponía los alegatos y respuestas, iba á comprar á la plaza y agenciaba aguinaldos, por pascuas, ferias y dulces en cualquier ocasion. Si era al mayordomo de su escelencia, estendia los tratados secretos con los arrendadores y comensales, llevaba la cuenta de la refaccion de las once y bajaba al portal á ver pesar el carbon; si era en fin ahijado del mercader, barria al amanecer la tienda, comia en la hortera, y daba trazas para el recibo de un fardo sin pasar por la aduana, ó enganchaba á las parroquianas con su charla y su despejo marcial.

Tristé habia de correr la suerte del tal mocito para que á vuelta de algunos años de sublime abnegacion no acertase á meter la cabeza de *meritorio* en alguna oficina, por recomendacion del padre guardian; ó á ascender á page del consejero ú oficial de la escribanía de cámara; ó á entrar de escribiente en la contaduría de S. E.; ó á aspirar á la mano de una hija del mercader.

A propósito de faldas; cuando el *hombre* de nuestro hombre era *muger*; cuando su ingenio despejado ó su próspera fortuna le hacian interesar en esta á la mas bella mitad del género humano, entónces el avance en la carrera era por lo regular mas rápido; entónces volaba por los espacios de la dicha, sostenido é impulsado por las alas del amor.—Verdad es que el tierno rapazuelo solia aparecésele bajo la fementida estampa de una dueña quintañona, moza de retrete de palacio ó viuda de un covachuelo; de una taimada doncella, protegida del viejo consejero; de una so-

brina anónima del padre guardian; ó de la mas contrahecha y antipática de las hijas del mercader.—Pero....¿quién dijo miedo? la ocasion la pintan calva, y no por eso deja de tener demasiados apasionados, y nuestro pretendiente de entónces rendia el mas humilde tributo á la diosa de la ocasion.

Limitándonos, pues, al pretendiente propiamente dicho, que era el que seguia la carrera de los empleos públicos, lo regular era que, á vuelta de alguna de aquellas combinaciones, acertase al fin á calzarse una administracion de rentas ó una visita de propios, con que brillar en mayor escala en una capital de provincia; y si era letrado y acertaba á enlazar su mano con una de las ya indicadas doncellas, lo natural era ponerle una vara.... en las manos y enviarle de alcalde mayor á Móstoles ó á Griñon.—Pero esta variante del *pretendiente á varas* merece por sí solo un episodio que habrán de perdonar los lectores, como uno de los tipos mas característicos de la época en cuestion.

Figúrense pues, (si no lo han por enojo) un hombre grave, ventrudo y reluciente, entrado ya en los ocho lustros (pues entonces la capacidad y las togas no se concedian sino á los que acertaban á casarse con la hija de un Camarista) que concluido su primer sexenio en un pueble de las montañas de Leon, se hallaba en la necesidad de venir á la córte, en solicitud de la consulta de la Cámara de Castilla, necesaria para ser proveido en un juzgado superior.—Sorprendámosle en las primeras horas de la mañana, paseando reposado el portalon de los Consejos, ó las galerías bajas del Palacio, espiondo el instante de que suene el coche del Presidente de Castilla ó del Ministro de Gracia y Justicia para colocarse al pie del

estribo, con papel en mano, cabeza al aire, y encorbada espina dorsal.

Esta rápida transición en un hombre que pocos momentos antes ostentaba todo el aire de un *capitan á guerra*, y cuyo traje serio y de oficio, sus medias, calzón y casaca negros, su blanca corbata, su caña con puño de oro y su tricornio horizontal, daban muestras visibles de hallarse pocos días antes colocado al frente de todo un partido, encima de todo un pueblo, á la cabeza de todo un ayuntamiento, y en un importante empleo, término entre *merced* y *señoría*; esta súbita metamorfosis, repetimos, desde la autoridad á la demanda, desde el funcionario al postulante, desde la providencia al memorial, era en efecto una de las mas graciosas y dignas de observación.

A la presencia del magnate, la autoridad del alcalde desaparecía, y en su lugar se reflejaba en su semblante toda la humildad y compuncion del *ex*; calculaba sus movimientos; media sus palabras por las palabras y movimientos del presidente ó del ministro; (porque conviene saber que entonces los ministros y los presidentes lo eran *de veras*, y su presencia hacia temblar las rodillas y balbucear la voz del mas aguerrido pretendiente); sacaba del bolsillo un ciento de Relaciones y testimonios de méritos; esforzábase á comentarlos con la palabra; y si por toda respuesta obtenia una benévola sonrisa ó un dudoso *veremos* del magistrado, deshacíase á cortesías que pudieran llamarse genuflexiones; quebraba el hilo de su discurso; paralizábanse sus miembros y caian inadvertidamente de sus manos sombrero y baston.—Esta escena repetida diariamente durante tres ó cuatro meses, acababa por darle un primer lugar en la consulta de la Cámara, una línea en la Guia de Forasteros, y una segunda va-

ra con que hacer el Sancho Abarca en Avila ó en Alcaraz (1).

Pero el proto-tipo de la época en cuestion, y la *vera efigies* del pretendiente veterano, era *Don Verecundo Corbeta y Luenga vista*, cuya animada historia ocupó ya el clarín de la Fama, y de cuyo dramático desenlace quedan todavía recuerdos en el Nuncio de Toledo.

Ninguno como Don Verecundo acertó á reunir en su privilegiada persona la esbeltez é impermeabilidad físicas, la ductilidad y movilidad huesosas, la imperturbabilidad fósil, la diligencia y actividad mental, necesarias al hombre que para alcanzar el término que desea no cuenta con mas favor que su perseverancia, su ingenio y su fisico á prueba de vientos y tempestad.—Nadie como él llegó á obligar á sus ojos á velar dia y noche, y á ver de lejos al ministro ó á su amigo, ó al amigo de su amigo, ó al pariente de su pariente; nadie como él acertó á escuchar los pensamientos del poderoso; á calcular sus próximos deseos; á leer en sus ojos las mas remotas esperanzas; nadie en fin llegó á olfatear de mas lejos las próximas elevaciones, las remotas caidas de los magnates cortesanos, con un instinto semejante al del ave que predice anticipadamente la borrasca en un sereno cielo, ó que canta adivinando la futura vuelta del aura primaveral.

Verdaderamente grande en sus pensamientos, el blanco de sus tiros se estendia á todos los empleos civiles y eclesiásticos, desde una intendencia hasta una plaza de

(1) «Qué es un corregidor en sus tres años?

Es un don Sancho el Bravo en el primero:

un don Sancho Abarca en el segundo

y es un don Sancho Panza en el tercero.»

ARROYAL.

aforador, desde una demanda de monjas hasta un deanato de catedral.—Escribía 365 memoriales en cada año y 366 los que eran bisiestos; pero tenía la precaucion de repartirlos entre los cinco ministros; y acontecíale á veces entablar simultáneamente dos solicitudes á una plaza de correo de gabinete ó una reposada canongía, á una direccion de rentas ó á una comandancia militar.

Los escribientes, los oficiales, los ministros, los porteros, los centinelas, todos le conocían y mostraban el semblante risueño; y sin embargo ¡los ingratos! le dejaban envejecer en la tarea, y si le alargaban la mano era solo para darle un empujon.—Pero él, impávido, no por eso cejaba en su propósito, antes bien reproduciéndose fabulosamente, siempre se le veía de gefe de fila de toda audiencia, de estatua marmórea de toda escalera, de trasto obligado de toda antesala, y aun llevó su audacia hasta el extremo de introducirse un dia furtivamente en el coche del ministro y esperarle allí á pié firme y en la mano el memorial.—Verdad es que aquel dia precisamente era el dia 29 de setiembre de 1833, en que Fernando VII murió definitivamente y por la última vez.

1833 á 1843.

Un pretendiente como los que quedan delineados seria un verdadero anacronismo en estos tiempos de gracia y de progreso social.—Ahora los hombres y los empleos públicos no se reciben; se toman por asalto á la punta de la espada ó á la boca de un fusil; y para hablar con mas propiedad, con los tiros de la elocuencia ó los cañones de la pluma, á la luz del dia y entre los agitados gritos de la plaza pública; ó en las sombras de la noche, entre los tenebrosos círculos de la conspiracion.—¡Papel sellado,

cortesías y genuflexiones, audiencias y cartas recomen-
datorias!... papeles mojados, viejos de figuron, resortes
mohosos y gastados; habiendo imprentas y tinteros, y
espadas y tribunas, y juramentos y apostasias, y oratoria
de levadura y masas dispuestas á fermentar.

Ademas ¿á quién pudiera satisfacer como antiguamente
un miserable empleillo de *escala*, en que era preciso cons-
tituirse en eterno fiscal de la salud de quince ó veinte
delanteros, espiar la llegada de una benéfica pulmonía
para el uno, la de una tisis para el otro, ó calcular en fin
sobre la futura boda con una hija recién nacida del gefe?
Y todo ¿para que? para llegar al cabo de muchos años á
colocarse en el centro de la mesa, en lugar de colocarse
á la esquina; para cobrar en los últimos meses de la vida
algunos reales mas.

Ahora, bendito Dios, es distinto, y puede principiar-
se por donde acababan nuestros retrógrados abuelos.—
Ejemplo.

Aparece en una de nuestras mil y tantas universida-
des un estudiantillo despierto y procaz, que argumenta
fuerte *ad hominem y ad mulierem*; que niega la autoridad
del libro, del maestro, de la ley; que habla á todas horas
y sobre todas materias, sin la mas mínima aprension; que
escribe en mala prosa y peores versos discursos políticos,
letrillas fúnebres, sátiras amargas y protestas enérgicas
contra la sociedad.—No hay remedio. La estrella de este
niño es ser un hombre grande; su mision sobre la tierra
ser Ministro; los medios para llevarlo á cabo, su pico, su
pluma y su carácter audaz.

Pertrechado con tan buenos atavíos, descuélgase en
la córte, que para él no es mas que un teatro donde hace
su primera salida.—Pónese á contemplar los hombres á

quienes se digna conferir mentalmente los demas papeles; mira colocarse á su frente á los curiosos espectadores; tira el mismo la cortina, suena el silbato, y comienza á representar.

Por lo regular la escena suele ofrecer el interior de una redaccion de periódico, en donde entre el humo del cigarro y el tráfago de papeles y personajes, se deja ver nuestro mozo colocado primero en los puestos inferiores y armado de una tijera, (inteligencia mecánica del redactor subalterno de *noticias varias*) ó envuelto humildemente entre las flores del *folletin*.—De allí á unos dias, auxiliado por una vacante repentina, una enfermedad súbita ó una espontánea inspiracion, salta los últimos términos del periódico; abrázase á sus columnas; trepa por ellas; tiende el paño y comienza á lanzar desde aquella altura los dardos acerados que afilaba para esta ocasion.—Sus colaboradores se admiran y extasían de aquel *exabrupto*; el público aplaude la demasia; los funcionarios atacados, que al principio desprecian los fuegos de aquel insignificante enemigo, mas tarde quieren atraérsele con una mezquina gracia; pero él lejos de humillárseles y atender á sus bondades, les persigue, les acosa incesantemente, les lanza por miles las acusaciones, les busca enemigos en su propio bando, les separa de sus propios súbditos, y les mira en fin, engreido, con la llaneza de igual, con la arrogancia de dueño, con la sarcástica sonrisa de un genio fascinador.—Y sin embargo, todos aquellos argumentos no son muchas veces conviccion: todos aquellos insultos no son odio ni enemistad: todas aquellas apóstrofes no son dañada intencion.—¿Pues que son entónces?..—¿No lo han adivinado los lectores?..—Súplicas impresas; rebozado memorial.

A los pocos dias de los mas furibundos ataques, el

enemigo cede, los preliminares de paz comienzan, la enérgica pluma del publicista va haciéndose mas dúctil y suspicaz; calla luego de repente, y en la semana próxima viene encabezado el Boletín oficial de una provincia con esta alocucion:

«HABITANTES DE.....»

«El supremo gobierno, celoso siempre por el bienestar de los pueblos, se ha dignado conferirme el mando de esta provincia, etc.»

y firmado por el mismo *pretendiente publicista* en cuestion.—Pero alto ahí, pluma parlera, no hay que salirse del tipo que hoy nos ocupa; dejemos para otra mas atrevida y versada en estas materias, el delinear uno de los mas risueños de la época, el tipo de *La autoridad*.

La fama de nuestro hombre grande, no cabiendo á veces en los salones de la capital, y viniéndole aun estrecho el uniforme de covachuelo ó de gefe, vuela diligente por las ciudades y aldeas de su provincia, y hace repetir las glorias del personaje por mil lenguas entusiastas y comanditarias.—Por cuanto á la sazón la dicha patria suele hallarse ocupada en procurarse un *padre* que la defienda por tres años en el Congreso nacional de esta corte, como dicen los ciegos papeleros.—¡Qué mejor ocasion!—Hínchanse con el nombre del joven candidato las urnas electorales; vótanle regocijados como patrono aquellos que le auxiliaron con algunos realejos para venir á darse en espectáculo á los heróicos vecinos de Madrid: admiran y encomian su improvisado talento los mismos que ha poco tiempo le negaban hasta el sentido comun: dispútansele y le proclaman los propios parientes y ami-

gos que antes no hallaban ocasion para echarle de sí. Ya le tenemos, pues, sentado en los escaños del parlamento; sus discursos fogosos arrebatan á la multitud; lanzado a la tribuna, truena con voz terrible contra los hombres del poder; apostrófales duramente por sus palabras, por sus acciones, por sus pensamientos; llama en su apoyo la opinion del país y de la Europa entera, y concita á sus conciudadanos á salvar la patria, á derrocar la tiranía, á vengar la libertad.—Al dia siguiente el fogoso tribuno es llamado á sentarse en el negro banco; y en fuerza de su mágica influencia, cambia de continente, modera sus acciones, mitiga sus palabras y prueba que es necesario á todo buen patricio acudir ganoso á defender el orden y robustecer *su* poder.—No hay como los teatros parlamentarios para estos dramas á *grande espectáculo*; no hay como los gobiernos representativos para estas representaciones á *beneficio* de un autor.

No todos, es verdad, acuden al gran teatro de la córte á desplegar sus facultades. Pretendientes hay tambien *de la legua*, que sin salir de su pueblo y sin grandes escándalos acaban por conseguir; que modestos y buenos ciudadanos, hombres francos y desinteresados, se hacen la violencia de servir al pueblo en las cargas concejiles, de crear establecimientos benéficos, de mandar la fuerza armada, ó influir con sus consejos en la opinion. El pueblo en recompensa les nombra sus patronos, les encomia, les ensalza, y acaba por imponérselos al mismo gobierno como una necesidad.—Este camino es acaso mas lento, pero mas seguro: los aduladores del poder, reciben por premio un insignificante diploma ó una módica soldada: los que sirven al pueblo, pueden aspirar á una corona cívica ó un sillón ministerial.

Otros, echando por diverso camino, sostienen con destreza el precioso balancin, y ora trabajan y se agitan de orden superior en favor de una candidatura circular: ora se descuelgan desde su rincon con un comunicado vejigatorio contra la autoridad: ya proponen en pleno concejo cien planes de público beneficio; ya dan auxilio al intendente para llevar á sangre y fuego la recaudacion del subsidio industrial: ora en fin marchan al frente de los mas ardientes agitadores, reúnen la fuerza armada y *se pronuncian* por la anarquía, ora se colocan al lado de la autoridad cuando esta manda algunos batallones, y se precian y glorian de sostener los buenos principios, el orden y la justicia.

Otros por último, careciendo de estos recursos intelectuales, y más prosáicos en sus medios de accion, benefician en provecho propio el saber ó la influencia de un lejano pariente, de un condiscípulo, de un amigo,—y quién en estos benditos tiempos no es condiscípulo, amigo ó pariente de algun hombre grande!—No hay en la estension de la monarquía ciudad ni villá, lugar, aldea ni despoblado, que no haya producido un ministro al menos; y los grandes oradores, los eminentes repúblicos, los héroes de todos calibres, nacen espontáneamente á cada paso en este siglo feliz.

EPILOGO.—Todos aquellos servicios, todos estos manejos pueden traducirse por *pretension* pura, puro y esplicito *memorial*.—La hipocresía religiosa ha cedido el paso á la filantropía política; el amor de la patria es hoy en ciertos labios lo mismo que era en otros anteriormente el amor de Dios: el *club* ha sustituido á la *cofradía*, al estandarte la bandera, y á la imágen del santo la inveterada esfigie de algun *santon*.

El *Pretendiente*, este tipo prodigiosamente móvil é

impresionable á quien comparáramos en el principio de este artículo con el simpático camaleon, reviste como él todos los matices que le rodean; trueca los ídolos antiguos por otros nuevos; olvida la ajeña flexibilidad del espinazo; y apela á la fuerza de sus pulmones; ataca por asalto la plaza que antes bloqueaba; y en vez de presentarse con humildes memoriales, habla gordo al poder y le impone su *pretension*.

—

—

Después de los dos tipos que anteceden, escritos por el autor, como queda dicho, para la obra titulada LOS ESPAÑOLES PINTADOS POR SI MISMOS,» publicada en 1845, y en que tomaron parte todas las plumas distinguidas de nuestra literatura contemporánea, cupo al CURIOSO PARLANTE la gloria de ser invitado á terminar, resumiendo, por decirlo así, tan importante publicación, como lo hizo en los términos siguientes:

Ha sonado la hora de concluir nuestra tarea; y en el momento supremo de decir el último *adios á Los españoles pintados por si mismos* no le parece al autor fuera del caso el evocar las sombras de los que fueron, al mismo tiempo que intente borrajear algunos rasgos de los que á ser empiezan;—dirigir una mirada retrospectiva hácia nuestra

antigua España, con su original organizacion y sus tipos originales, para luego tornarla dulcemente hácia la España actual con sus flamantes imitaciones;—considerar lo que fuimos en la antigüedad (la antigüedad en el lenguaje corriente, no va mas allá de dos lustros) para saborearnos luego á nuestro placer en lo que hoy somos;—poner frente á frente la civilizacion antigua con la moderna; la cortesanía con la popularidad; la aristocracia con la democracia; el siglo con la imprenta; la rutina con la manía de innovar; la hipocresía con el escepticismo, y la opinion privada con la pública opinion.

Esto supuesto, y por vía de codicilo final, intentaremos presentar á nuestros lectores algunos de los tipos rezagados de la vieja sociedad, que por no existir ya, no han podido tener cabida en esta obra: y oponerlos luego otros de los modernos, que por no bien caracterizados todavía, no dieron motivo á especial retrato.—Baraja estrambótica, y risueña mezcla de figuras antiguas y modernas, de chucheces y niñerías, de pretéritos y futuros, en que salgan á relucir en su traje respectivo los abuelos y los nietos, los muertos y los vivos, las momias acartonadas y los fetos en embrion.

Alto allá, la hora llegó; la trompeta suena... *Surgite omnes et venite ad iudicium.*

cuanto donde corrian á refugiarse nuestras necesidades y
nuestros deseos.

Un infeliz artesano, un misero labrador á quien la
Providencia habia regalado dilatada prole, sostenida al
cansancio una parte de ella, conchado en las dehesas á
el hijo ó hijos religiosos servian de apoyo á sus her-
manos y parientes; **CONTRASTES.**

engañado del mundo, hallaban siempre abiertas sus
llas puertas providenciales que les brindaban el reposo
y la independencia necesarias para entregarse á sus pro-
fandos estudios, ó á la práctica tranquila de la virtud; y
desgraciadamente tambien, un ambicioso, un intrigante,

TIPOS PERDIDOS. **TIPOS HALLADOS.**

EL RELIGIOSO. **EL PERIODISTA.**

EL CONSEJERO DE CASTILLA. **EL CONTRATISTA.**

EL LECHUGUINO. **EL JUNTERO.**

EL COFRADE. **LOS ARTISTAS.**

EL ALCALDE DE BARRIO. **EL ELECTOR.**

EL POETA BUCÓLICO. **EL AUTOR DE BUCÓLICA.**

EL RELIGIOSO.

El representante mas genuino de nuestra antigua so-
ciedad era *el Fraile*. Salido de todas las clases del pueblo;
elevado á una altura superior por la religion y por el es-
tudio; constituido por los cuantiosos bienes de la Iglesia
en una verdadera independencia; abiertas á su virtud, á
su saber ó á su intriga todas las puertas de la grandeza
humana; dominando, en fin, por su carácter religioso y
por su esperiencia todos los corazones, todas las concien-
cias privadas, venia á ser el núcleo de nuestra vitalidad, el

punto donde corrian á reflejarse nuestras necesidades y nuestros deseos.

Un infeliz artesano, un mísero labrador á quien la Providencia habia regalado dilatada prole, destinaba al cláustro una parte de ella, confiando en que desde allí el hijo ó hijos religiosos servirian de amparo á sus hermanos y parientes; un jóven estudioso, un anciano desengañado del mundo, hallaban siempre abiertas aquellas puertas providenciales que les brindaban el reposo y la independendencia necesarios para entregarse á sus profundos estudios, ó á la práctica tranquila de la virtud; y desgraciadamente tambien, un ambicioso, un intrigante, ó un harágan, aprovechaban esta como todas las instituciones humanas, para escalar á su sombra las distinciones sociales, para engañar con una falsa virtud, ó para vegetar en la indolencia y el descuido.

De estas escepciones se aprovechó la malicia humana para socavar y combatir con sus tiros el edificio claustral; de estas flaquezas hicieron causa comun el siglo pasado y el presente, para echar por tierra la sociedad monástica: y hasta para negar los méritos relevantes que en todos tiempos puede alegar en su abono.

Con efecto, y sin salir de nuestra España ¿qué clase, por distinguida que sea, puede contar en sus filas un Jimenez de Cisneros y un Mendoza? ¿Un Luis de Leon y un Dómingo de Guzman? ¿Un Mariana y un Tirso de Molina? ¿Un Granada, un Isla, un Sarmiento y un Feijóo?—¿Dónde, mas que en los cláustros, supo elevarse la virtud á la altura de los ángeles, la política y el consejo á la esfera del trono, el estudio y la ciencia á un término sobrehumano?—Piadosos anacoretas separados del comercio social, habitaban muchos en los yermos impracticables, para entregarse allí silenciosamente á la contemplacion y á la

penitencia. Colocados otros en las ciudades, y en el centro bullicioso de la sociedad, estudiaban y acogian sus necesidades, brillaban en el consejo por la prudencia, en el púlpito por la palabra, en la república literaria por obras inmortales que son todavía nuestro mas preciado blasón.

Ademas de la influencia pública que les daba su alto ministerio y su representacion en la sociedad, y que llegaba á veces á elevar á un humilde franciscano á la grandeza de España, á la púrpura cardenalicia ó á la tiara pontifical, habian sabido granjear con su talento (no siempre, es verdad, bien dirigido) la confianza de la familia, la conciencia privada, el respeto universal.—Un pobre fraile, sin mas atavíos que su hábito modesto y uniforme, sin mas recomendaciones que su carácter, sin mas riquezas que su independencia, entraba en los palacios de los príncipes; era escuchado con deferencia por los superiores, con amor por sus iguales, con veneracion por el pueblo infeliz.—Asistiendo á las glorias y á las desdichas íntimas de la familia, le veia desde su cuna el recién nacido, recibian su bendicion nupcial los jóvenes esposos, le contemplaba el moribundo á su lado en el lecho del dolor. El mendigo recibia de sus manos alimento, el infante enseñanza, y el desgraciado y el poderoso consejo y oracion.

El abuso, tal vez, de esta confianza, de esta intimidad, solia empañar el brillo de tan hermoso cuadro, y llegó en ocasiones á ser causa de discordias entre las familias, de intrigas palaciegas, y de cálculos reprobados de un mísero interés. Pero ¿de qué no abusa la humana flaqueza? y en cambio de estos desdichados episodios, ¿no pudieran oponerse tantas reconciliaciones familiares, tantos pleitos cortados, tantas relaciones nacidas ó dirigidas por la influencia monacal?

El Religioso, en fin, tiempo es de repetirlo, tiempo es

de hacer justicia á una clase benemérita que la marcha del siglo borró de nuestra sociedad; no era, como se ha repetido, un ser egoísta é indolente, entregado á sus goces materiales y á su estúpida inacción.—Para uno que se encontraba de este temple habia por lo menos otro dedicado al estudio, á la virtud y á la penitencia.—No todos pretendian los favores cortesanos; muchísimos, los mas, se hallaban contentos en su independiente medianía, y prestaban desde el silencio del cláustro el apoyo de sus luces á la sociedad.—No penetraban todos en el seno de las familias para corromper sus costumbres, sino mas generalmente para dirigir las ó moderarlas.—Crear lo demas es dar asenso á los cuentos ridículos del siglo pasado, ó á los dramas venenosos del actual.—Si pasaron los frailes, débese á la fatalidad perecedera de todas las cosas humanas, á las nuevas ideas políticas ó á los cálculos económicos, mas bien que á sus faltas y extravíos.

EL PERIODISTA.

La civilizacion moderna nos ha regalado en cambio este nuevo tipo que oponente por su influencia al trazado en las líneas anteriores.—El actual, no presenta para su recomendacion títulos añejos, glorias históricas, timbres ni blasones. Su existencia data solo, entre nosotros, de una docena escasa de años; su investidura es voluntaria; sus armas no son otras que una resma de papel y una pluma bien cortada.—Y sin embargo, en tan escaso tiempo, con tan modesto carácter, y con armas de tan dudoso temple, el periodista es una potencia social, que quita y pone leyes, que levanta los pueblos á su antojo, que varía en un punto la organizacion social.—¿Qué enigma es este

de la moderna sociedad que se deja conducir por el primer advenedizo; que tiembla y se conmueve hasta los cimientos á la simple opinion de un hombre osado; que confia sus poderes á un imberbe mancebo para representarla, dirigirla, trastornarla y tornarla á levantar?

Aparece en cualquiera de nuestras provincias un muchacho despierto y lenguaraz, que disputa con sus camaradas por cualquier motivo; que habla con desenfado de cualquier asunto; que emprende todas las carreras y ninguna concluye; que critica todos los libros, sin abrir uno jamás.—Este muchacho, por supuesto, es un grande hombre; un genio no comprendido, colosal, piramidal, hiperbólico.—Su padre, que no sabe á qué dedicarle, le dice que trata de ponerle á Ministro, y que luego luego parta á la córte, donde no podrá menos de hacer fortuna con su desenfado y su carácter marcial.—El muchacho, que así lo comprende, monta en la diligencia peninsular; arriba felizmente orillas del Manzanares; se hace presentar en los cafés de la calle del Principe y en las tiendas de la de la Montera, en el Ateneo, y en el Casino; lee cuatro coplas sombrías en el Liceo; comunica sus planes á los camaradas, y logra entrar de redactor supernumerario de un periódico. A los pocos dias tiende el paño y esplica allá á su modo la *teologia politica*; trata y decide las *cuestiones palpitantes*; anatomiza á los *hombres del poder*; conmueve las *masas*; forma la *opinion*; es representante del *pueblo*, hace su *profesion de fé*, y profesa al fin en una intendencia ó una embajada, en un gobierno politico ó un sillón ministerial.—Llegado á este último término, hace lo que todos: recibe la autorizacion de la media firma; cobra su sueldo; presenta nueva planta de la secretaria; coloca en ella á sus parientes y paniaguados; espide circulares; firma destituciones; da audiencias; asiste á la ópera con aire preocupado;

toma posiciones académicas; se hace retratar de grande uniforme por Lopez ó Madrazo; y se coloca naturalmente en la Galería pintoresca de los personajes célebres del siglo. —A los seis meses ó menos de representacion, cae entre los silbidos del patio, y queda reducido á su antigua luneta. — Vuelve á enristrar la pluma; vuelve á oponerse al poder; vuelve á hablar de la «atmósfera mefítica de los palacios,» «de la filantropía de sus sentimientos, de sus ideas humanitarias y seráficas;» hasta que otra oleada de la tempestad política, torna á colocarle en las nubes. Truena de nuevo allí; vuelven á silbarle, y tórnase á escribir..... «¡Oh almas grandes para quienes los silbidos son conciertos y las maldiciones cánticos de gloria!»

EL CONSEJERO DE CASTILLA.

En los tiempos añejos y mal sonantes en que no se había inventado el periodista magnate ni las reputaciones fosfóricas, necesitábanse largos años para sentarse un hombre en sillón aterciopelado; dilatada carrera para regir la vara de la justicia; y un pulso tembloroso para llegar á firmar con Don.—El jóven estudiante que salía pertrechado de fórmulas y argumentos de las célebres áulas Complutenses ó Salmantinas, tomaba el camino de la córte, modestamente atravesado en un macho, y daba fondo en una de las posadas de la Gallega ó del Dragon.—Desde allí flechaba su anteojo hácia la sociedad en que aspiraba á brillar: hacia uso de sus recomendaciones y de sus prendas personales; frecuentaba antesalas; asistía á conferencias; escuchaba sermones; hacia la partida del tresillo á la señora esposa del Camarista, á la vieja azafata, ó al vetusto Covachuelo; y á dos por tres entablaba una controversia

lógica sobre los *pases* de Pepe-Hillo ó las *entradas* del Mediator.

Por premio de todos estos servicios, y en galardón de sus reconocidos méritos (impresos por Sancha en ampulosa Relación) acertaba á pillar un primer lugar en la consulta para la vara de Móstoles ó de Alcorcon; y si por dicha había acertado á captarse la benevolencia de alguna sobrina pasada del Camarista ó de una hermana fiambre del Covachuelo, entonces la vara que le ponían era mejor.—Servía sus seis años, y con otros dos ó tres de pretension, ascendía á segundas; luego á terceras, de corregidor de Málaga ó alcalde mayor de Alcaráz.—Aquí ya tenía la edad competente para pasado por agua, y acababa de encanecer en la audiencia del Cuzco ó en el gobierno de Mechoacan.—Regresando luego á la Península, entraba por premio de sus dilatados servicios en el Consejo de las Indias ó en el de las Ordenes, y de allí ascendía por último al Supremo de Castilla, á la Cámara, y al favor real.

Esto nunca llegaba hasta bien sonados los setenta; pero como la vida entonces era mas bonancible, aunque no tan dramática, el Consejero conservaba aun en sus altos años su modesta capacidad, su semblante sonrosado, su prosopopeya y coram-vóbis.—Habitaba por lo regular un antiguo casaron de las calles del Sacramento ó de Segovia, en cuyos interminables salones yacían arrumbados los siales de terciopelo, los armarios chinescos, los cuadros de cacerías, los altares y relicarios de cristal.—Las señoras y las niñas hacían novenas y vestían imágenes en las monjas del Sacramento; los hijos andaban de colegiales en la Escuela Pia; los pages y las criadas se hablaban á hurtadillas hasta llegar á matrimoniar.

El anciano magistrado madrugaba al alba, y hacia llamar al page de bolsa para estender las consultas ó estrac-

tar los apuntamientos; á las ocho recibia las esquelas y visitas de los pretendientes y litigantes; tomaba su chocolate, subia en el coche verdinegro, y á placer de sus provecas mulas se llegaba á misa á Santa María.—Entraba luego al Consejo, y escuchaba en *sala de Gobierno* los privilegios de feria, los permisos de caza, las emancipaciones de menores, las censuras de obras literarias, el precio, calidad y peso del pan.—Pasaba despues á la de *Justicia*, á escuchar pleitos de tenutas, despojos y moratorias.—Asistia luego *en pleno* á los árduos negocios en que se interesaba la tranquilidad del Estado; pasaba los viernes á palacio á *consulta personal* con S. M.; y regresaba, en fin, á la *Cámara* á proponer obispos y magistrados, espedir cédulas y dirimir las contiendas del patrimonio real.

De vuelta á su casa, comia á las dos en punto; y levantados los manteles, echaba su siesta hasta las cinco, en que era de cajon el ir á San Felipe ó á la Merced á buscar al R. Maestro Prudencio ó al Esceletísimo P. General, para llevarlos consigo á paseo la vuelta del Retiro ó á las alturas de Chamartin.—Allí se dejaba el coche, que les seguia á distancia respetuosa, y se hacia un ratito de ejercicio, amenizado con sendos polvos de esquisito sevillano.—Hablabase allí del rey y del presidente, del ministro y del provincial; se comentaba la última consulta ó la próxima promocion: se leian recomendaciones de pretendientes; y hasta se entablaban los primeros tratos para la boda de la hija del Camarista con el sobrino del Padre general.

Al anochecer era natural regresar al convento, donde en armonioso triunvirato se consumia el jicarón de rico chocolate de Torroba, con sendos bollos de los padres de Jesús; y vuelto á casa el Magistrado, despues de otra horita de audiencia ó de despacho, se rezaba el rosario en familia, y se entablaba un tresillo, á ochavo el tanto, con el

secretario de la Cámara y la viuda del relator; hasta que dadas las diez, cada cual tomaba el sombrero y dejaba á su Ilustrísima descansar.

EL CONTRATISTA.

—Háganse Vds. á un lado y dejen pasar á ese brillante cabriolé.—¿Quién viene dentro? Es agente de cambios ó médico homeopático? ¿La bolsa ó la vida?—¡Eh!... ¡A un lado, hombre!—¡Dios le perdone! que nos ha llenado de lodo hasta el sombrero.

El reluciente carruaje sigue su rápida carrera, sin dársele un ardite de los pedestres, y llegando delante de una suntuosa casa de moderna construcción, el *jockey* se apea y va á dar el brazo, para descender, á un personaje de mediana edad, elegantemente vestido de negro, bota charolada, guante pajizo y condecoracion de brillantes en el pecho.—Sube apresuradamente la escalera sin reparar en las varias personas que esperan su llegada; atraviesa las salas donde al resguardo de verjas de madera cubiertas con cortinillas verdes, están trabajando los numerosos dependientes; no hace alto en el ruido armonioso de las talegas de pesos, vaciadas de golpe por el cajero, y se encierra en su gabinete á calcular á sus sólas cuánto le producirá el último corte de cuentas ministerial.

El agente de bolsa entra á la sazón á proponerle la venta de algunos millones de créditos: el oficial del ministerio le viene á pedir á nombre de S. E. otros millones en metálico: contesta al ministro con el dinero, al agente con las libranzas; realiza el papel; el gobierno no le cumplirá el trato; pero él ganará un millon.

El dependiente le trae á firmar una contrata; el habi-

litado viene á cobrar la anterior; el cosechero coloca en depósito sus frutos; el provisionista carga con ellos; el escribano le lee una escritura de adquisicion de una propiedad; el comisario la hipoteca que hace de ella para la contrata; el cajero le da cuenta del arqueo; y el *groom* le entrega un billete perfumado de la *prima donna* ó el cartel de los toros que le remite el primer espada.

A todos contesta y en todo está.—Recibe con franqueza á los amigos que le pagaban el café antes de ser contratista; con galantería á la cómica que le pide una recomendacion para el director; y con altivez al ministro que viene á proponerle otro negocio y á comer con él.—Pasa luego á dirigir personalmente el arreglo del jardin ó las colgaduras del salon; sale al Prado á dar en ojos á la rancia nobleza con su magnífico landó: va luego al teatro á decidir magistralmente sobre el mérito de las piezas; y despues al Casino á trazar nuevas combinaciones ministeriales en que suele figurar él.

Todavía no se ha decidido á abrir sus salones á la sociedad; pero ya se decidirá.—Y la sociedad, ansiosa acudirá á festejar al dichoso del dia; y la *pluto-cracia* triunfará de la *aristo-cracia*, y de los rancieros pergaminos los billetes de banco, y los talegos de arpillera.—«Dineros son calidad.»

EL LECHUGUINO.

Este era un tipo *inocente* del antiguo, que existió siempre, aunque con distintos nombres, de *pisaverdes*, *currutacos*, *petimetres*, *elegantes*, y *tónicos*.—Su edad frisaba en el quinto lustro; su diosa era la moda, su teatro el Prado y la sociedad.—Su cuerpo estaba á las órdenes del

sastre; su alma en la forma del talle ó en el lazo del corbata.—¡Que le importaban á él las intrigas palaciegas, los láuros populares, la gloria literaria, cuando acertaba á poner la moda de los *carriks* á la inglesa ó de las botas á la *bombé*! ¡Cuando se veía interpelado por sus amigos sobre las faldas del frac ó sobre los pliegues del pantalon!

¡Existencia llena de beatitud y de goces inefables, risueña, florida, primaveril! Y no como ahora nuestros amargos é imberbes mancebos, abortos de ambicion y desnudos de ilusiones, marchitos en agraz, carcomidos por la duda, ó dominados por la dorada realidad!—¡Dichosos aquellos, que mas filósofos ó mas naturales, se dejaban mecer blandamente por las auras bonancibles de su edad primera; estudiaban los aforismos del sastre Ortet; adoraban la sombra de una beldad, y seguian los pasos de una modista; danzaban al compás de los de Beluci, y tomaban á pechos las glorias de la Cortessi, ó los triunfos de Montresor!

¡Que tiempos aquellos para las muchachas pizpiretas en que el Lechuguino bailaba la gabota de Vestris, y no se sentaba hasta haber rendido seis parejas en las vueltas rápidas del wals!—¡Que tiempos aquellos, en que se contentaba con una mirada furtiva, y contestaba á ella con cien paseos nocturnos y mil billetes con orlas de flechas y corazones!... ¿Que te has hecho, Cupido rapazuelo (que tanto un dia nos diste que hacer) y no aciertas hoy al pecho de nuestros jóvenes mancebos, los escépticos, los amargos, los displicentes, á quien nadie seduce, que en nada creen, que de nada forman ilusion?

¡Oh *Lechuguino*! ¡Oh tipo fresco y lleno de verdor! ¿Donde te escondes? ¡Oh muchachas disponibles! Rogad á Dios que vuelva; con sus botas de campana y sus enormes corbatas, sus pecheras rizadas y sus guantes de algodón.

Rogad que vuelva, con sus floridas ilusiones y su escasa ilustración, con sus idilios y sus ovillejos; y sin barbas, sin periódicos, sin escepticismo y sin *instinto gubernamental*.

EL JUNTERO.

Este tipo es provincial, moderno, popular y socorrido.—Abraza indistintamente todas las clases, comprende todas las edades; pero lo regular es hallarle entre la juventud y la edad proveccta, entre la escasez y la ausencia completa de fortuna.—Militares retirados, periodistas sin suscritores, médicos sin enfermos, abogados sin pleitos, proyectistas, y cesantes del pronunciamiento anterior: hé aquí los miembros disponibles de toda junta futura, los representantes natos de toda bullanga ulterior.

Su residencia ordinaria es el café mas desastrado de la ciudad, y allí irá á buscarlos la masa popular cuando sienta su levadura: de allí los arrancará, cual á otro Cincinato del arado, para sentarlos en la silla curul y confiarles las riendas de aquella sociedad que se desboca.

El Juntero, que así lo habia previsto, ó por decir mejor, que así lo habia preparado, luego que llega á entrar con aquella investidura en la Casa consistorial, saca del bolsillo la proclama estereotípica, en que habla de los *derechos del hombre* y del *carro del despotismo*, de la *espada de la ley* y de las *cadenas de la opresion*; á cuya eufónica algarabía responde el gutural clamoreo de los que hacen de pueblo, con los usados *vivas* y el consabido entusiasmo *imposible de describir*.—Y nuestro Juntero, padre de la patria, lo primero que hace es suprimir las autoridades, y declararse él y sus compañeros autoridad omnimoda, independiente,

irresponsable, heroica y liberal.—Se repican las campanas, se interceptan los correos, se arma á los pobres, se encarcela á los ricos, se persigue á estos, se despacha á aquellos (todo con el mayor orden) se canta el *Te-Deum*, y se pasea la Junta en coche simon.

A los cuatro dias empiezan á venir felicitaciones de las otras juntas comarcanas; subsidios voluntarios de los que van recogiendo por fuerza las partidas volantes; adhesiones espontáneas bajo pena de la vida de los concejos y hombres buenos del distrito, y por último, reconocimiento y apoteosis del nuevo gobierno en la capital.

El Juntero entonces, hombre de orden, cambia su plaza de vocal por la de intendente ó gefe político, y se resigna á ser gobierno el que tanto chilló contra aquella calamidad.

EL COFRADE.

Las cofradías religiosas eran en lo antiguo lo que las sociedades políticas y literarias en lo moderno.—Reuníanse en ellas los hombres bajo los auspicios de un santo, como en las políticas suelen reunirse hoy bajo las banderas de un santón;—discutian allí sobre las fiestas religiosas é indulgencias, y se disputaban los cargos sacramentales con el mismo fervor con que en las de hoy se crean las reputaciones, se entablan los certámenes y se hace la oposicion;—y finalmente hasta en muchas de ellas y con reglamentos sábios y filantrópicos se atendia al socorro de los cofrades necesitados, como en los mútuos auxilios trazados hoy por las sociedades aseguradoras.—El estudio, pues, de aquellos religiosos institutos, no es por lo tanto una cosa indiferente, y los grandes servicios que prestaron

á la civilizacion, no merecen por cierto el desdén del filósofo; y si el tiempo y la relajacion de las costumbres causaron en ellos, como en toda cosa humana, ciertos abusos, no por eso hemos de negar su grande y benéfica influencia para estender el espíritu de asociacion y el instinto de caridad.

¶ Pero dejando á un lado (por no ser hoy de nuestro propósito) la parte filosófica y sublime de estas asociaciones, y limitados á trazar el tipo especial del individuo cofrade (que por ampliacion abusiva se apellida generalmente el *Sacramental*), hallaremosle en el cancel de la iglesia, donde se celebra la funcion del Santo patrono, sentado tras una mesa cubierta de damasco encarnado, sobre la cual se ven varios atadillos de ordenanzas, sumarios, cartas de hermandad y listas, estampas del Santo y escapularios benditos, y una bandeja de plata para recibir las limosnas de cobre.

El Sacramental es hombre como de medio siglo, pequeño, rollizo y sonrosado: su traje es sério, ó como él dice, *de militar negro*; zapato de oreja, pantalon holgado y sin trabas, y en los dias de solemnidad calzon corto con charreteras, casaca de moda en 1812, chaleco de paño de seda, y corbata blanca con lazo de roseton.—Su profesion en el siglo es la de escribano ó alguacil, comadron ó menestral.—El celo que le anima por la hermandad, le hace muchas veces descuidar sus lucrativas ocupaciones por entregarse á la asistencia á juntas, preparativos de la fiesta, procesiones y sufragios.—En aquellas el Cofrade autorizado lleva el pendon ó el estandarte, no con escaso trabajo para sostenerle contra el ímpetu del viento, que al paso que le sacude y bambolea, levanta tambien y encrespa los cuatro mechones de pelo traídos con sumo cuidado desde la nuca para encubrir la falta superior.—En las jun-

tas su voz es decisiva para todos los negocios árdulos, y muy luego se ve condecorado con las sucesivas investiduras de vice-secretario, secretario, contador, tesorero, consiliario y vice-hermano mayor. (El hermano mayor suele ser un príncipe ó magnate que no sabe que existe tal cofradía.)

No satisfecho nuestro cofrade-modelo con todos estos trabajos, con traer la bolsa de la demanda, con repartir las velas ó adornar con flores el altar, se entrega con ardor á la propaganda, y trata de catequizar, para entrar en la hermandad, á todo prójimo que encuentra al paso, haciéndole una pintura bíblica de la beatitud que le espera en cuanto se asiente en los libros matrices y pague la limosna de costumbre.—Y como esto de irse un hombre al cielo por tan poco dinero, no es cosa de echar en saco roto, no hay necesidad de decir que el Sacramental hace pródiga cosecha.

Ni es (por desgracia) solo el ardor espiritual el que suele andar en ello; tambien el pícaro interés mundano acierta á veces á salir al paso; que tal es y puede llamarse el deseo de buscar relaciones y figurar, aunque en los humildes bancos de una cofradía, y el instinto provincial para auxiliarse mutuamente; porque conviene á saber que muchas de aquellas son formadas exclusivamente por Gallegos ó Castellanos, Aragoneses ó Navarros, los cuales á la sombra de Santiago ó Santo Toribio, Nuestra Señora del Pilar ó San Fermin, tratan de buscar entre los cofrades, litigios, si son abogados; enfermos, si son médicos; y obras de su oficio si honrados menestrales.—Ademas de esto, la cofradía suele tener algunos fondillos de que disponer; algunos créditos que percibir; algunas casas que administrar; y sin perjuicio de entrar á la parte en las indulgencias, no hay tampoco inconveniente en cobrar el tanto por

ciento de comision, ó vivir de balde en la casa sacramental.

Por último, el bello ideal del Cofrade es pensar que cuando fallezca, asistirán á su entierro quince ó veinte estandartes; le vestirán diez ó doce mortajas; y rellenarán su caja con una resma de bulas y ordenanzas, con cuyo seguro pasaporte confía que pasarán allá arriba sus travesurillas mundanas y su mística especulación.

LOS ARTISTAS.

La palabra *Artista* es el tirano del siglo actual.—En lo antiguo habia pintores, escultores, arquitectos, comediantes y aficionados.—Hóy solo hay *Artistas*; y en esta calificacion entran indiferentemente desde el pincel de Apeles hasta el puchero en cinto; desde el cincel de Fidias, hasta las alcarrazas de Andujar; desde el coturno trágico hasta la cuerda del acróbata; desde el compás de Vitruvio, hasta el cuezo del albañil.

El que enciende las candilejas en el teatro, *Artista*; el motilon que echa tinta en los moldes, *Artista* tambien; el que inventó las cerillas fosfóricas, *distinguido Artista*; el que tocó la gaita ó el que vende aleluyas, *Artistas populares*; el herrador de mi calle, *Artista veterinario*; el barbero de la esquina, *Artista didascálico*; el que saluda á Esquivel ó quita el tiempo á Villaamil, *Artista de entusiasmo*; el que lee el Laberinto ó el Semanario, los socios del Liceo ó del Instituto, los que asisten á los toros ó al teatro, los que forman corro alrededor de la murga, *Artistas de aficion*; el perro que baila, el caballo que caracolea, el asno que entona su romanza..... *Artistas, Artistas de escuela*.

Entre tanto, como todo el mundo es Artista, los Artistas no tienen que comer, ó se comen unos á otros.—El clero y la nobleza que antes les sostenian, están ahora muy ocupados en buscar donde sostenerse.—La grandeza metálica de los Fúcares modernos, está por las artes de movimiento; protegen la *polka* y la tauromaquia, las diligencias y los barcos de vapor. En sus flamantes salones no quiere estatuas, sino buenas mozas; sus libros son el *Libro mayor* y el *Libro diario*; sus conciertos el ruido del aurífero metal.—Cuando mas, y para satisfacer su amor propio, se hacen retratar por el pintor, como se hacen vestir por el sastre, de cuerpo entero, y todo lo mas elegante posible, cuidando de que el marco sea magnífico y de relumbron.—Para amenizar los salones, basta con las estampas del Telémaco ó las vistas de la Suiza.

El Artista entre tanto, desdeñado por la fortuna, camina á la inmortalidad por la vía del hospital; y se sube á una buhardilla con pretesto de buscar luces. Allí se encierra mano á mano con su independencia, y se declara hombre superior y genio elevado; descuida los atavíos de su persona por hacer frente á las preocupaciones vulgares; y ostentando su escentricidad y porte exótico é inverosímil, se deja crecer indiscretamente barbas y melenas, únicos bienes raíces de que puede disponer.—Desdeña la crítica periodística por incompetente; la autoridad del maestro por añeja; los consejos de los inteligentes por parciales y enemigos; y con una filosofía estóica, responde á la adversidad con el sarcasmo, á la fortuna con el mas altivo desdén.—Por último, cuando se permite una invasion en el campo de la política, adopta las ideas mas exageradas, y es partidario de las instituciones democráticas, que han acabado con las clases que antes le sostenian, y sus-

tituido las artes liberales por otras, tambien *artes y liberales* tambien.

EL ALCALDE DE BARRIO.

Todavía humean las cenizas de este tipo recientemente sepultado por la novísima ley de ayuntamientos; todavía resuenan sus glorias en nuestros oídos; todavía aparece á nuestra memoria con su presencia clásica y dictatorial.

Parécenos aun estar viendo al honrado vidriero ó al diligente comadron, que revestido por obra y gracia (no sabremos decir de quién) con aquella autoridad local, inmediata, tangible, que iba aneja al baston de caña con las armas de la Villa, se recogia en los primeros momentos en el retrete de su imaginacion, para ver el modo de corresponder dignamente al reclamo de sus comitentes, y no defraudar las esperanzas del pais que le confiaba los destinos de un barrio entero.

Su primera diligencia era desdeñar por humildes é incongruentes sus antiguas mecánicas faenas; habilitar para despacho la trastienda ó el entresuelo; tomar respecto á los mancebos y oficiales una actitud de estatua ecuestre; y ver de improvisar una alocucion en que diese á conocer á la familia todo el peso de su autoridad.—Recogíase en seguida en un rincon de la trastienda para recordar á sus solas algunos rasgos medio olvidados de pluma, y satisfecho de su idoneidad para la firma, abria luego la audiencia y escuchaba á las partes, cuyas causas solian reducirse á tales cuales bofetadas ó puntapiés recibidos y dados en cuenta corriente; á tal indiscreta incursion en el

bolsillo del prójimo, ó á cual permuta del marido por el amante, de la muger agena por la propia muger.

El Alcalde severo y cejijunto y con cara de juez, les echaba una seria reprimenda recordando su deber á ellos, que se disculpaban con no tener con qué pagar, y recomendando los buenos principios á quien no conocia otros que pepitoria de Leganés ó pimientos en vinagre.—Ultimamente les apercibia con otra amonestacion en caso de reincidencia, amen de dos ducados de multa impuestos á nombre de la ley, y que cuidaba de exigirles el alguacil que hacia de ley.

No solo era la trastienda el tribunal de esta benéfica autoridad.—Por las noches y ratos desocupados, se entregaba á la justicia ambulante; rondaba callejuelas y encrucijadas; detenia al ratero en su rápida carrera; protegía al bello sexo contra un inhumano garrote; echaba su baston en la balanza del tocino; conducía á su manso la oveja perdida; y si era acabada la pendencia, la hacia volver á empezar por tener el consuelo de interponer y hacer brillar su autoridad en todos aquellos episodios que bajo el titulo de *Ocurrencias* amenizan la última página del Diario de Madrid.

Otro de los cuidados, y el mas importante acaso de su cometido, era el formar los padrones del vecindario de su distrito, y aquí era donde habia que admirar la inteligencia y exactitud del Alcalde vidriero ó comadron, aplicados á la estadística.—Armado con sus antiparras circulares, su baston de caña y su tintero de cuerno, y seguido siempre del inseparable ministril, iba tocando casa por casa y preguntando en cada una.—«¿Hay novedad desde el año pasado?» y respondiéndole que no, continuaba copiando en las casillas los nombres del padron anterior, sin alteracion de edades ni de estados.—Los apellidos recibían

en su pluma terminaciones bárbaras que harían sudar al etimologista mas perspicaz: las profesiones siempre eran las mismas:—v. g.—«Fulano, herrador; Zutana, su muger, idem; Mengana, su abuela, idem.» etc.—Preguntaba luego en la parroquia (queriéndola echar de culto), si habia habido defunciones, y el sacristan le contestaba que de funciones solo habia en todo el año la de San Roque, con lo cual el Alcalde le borraba por muerto de la matrícula.—En el cuarto bajo afiliaba á madre Claudia y á sus educandas, bajo el genérico nombre de *artistas*;—para él todos los vecinos de las buhardillas, eran *agentes* de negocios; todos los escribientes, escritores públicos; todos propietarios, los que tenian veinte y cuatro horas diarias de que disponer.

Llegaban luego las elecciones, y aparecian en las listas los difuntos y los no-nacidos, los niños de pecho y los mozos de cordel.—Un año daba el padron del barrio tres mil almas, y al año siguiente diez y seis mil; en aquel todos eran varones, y en este llevaban las hembras la mayoría; en cuanto á la material colocacion de los nombres, ocurría muchas veces que el elector que encontraba el suyo en una lista tenia que ir á buscar su apellido al otro barrio.

No era menos de admirar el celo é inteligencia del Alcalde en la espedicion de pasaportes, cuando á primera hora de la mañana, sentado en su silla de Vitoria tras de la mesilla cubierta de bayeta verde, calados los anteojos, el gorro de algodón ó la gorrilla de cuartel, el cigarro en la boca y la pluma tras la oreja, aparecia ocupado en atar y desatar (muchas veces del revés) padrones y registros, mientras iban entrando los postulantes desde la criada que mudaba de amo, hasta el elegante que salía á viajar.

—Buenos días, señor Alcalde. (El Alcalde no daba respuesta.)

—Yo soy Engracia de Dios, que he servido de doncella á don Crisanto, el droguero de la esquina, y paso á casa de doña Paula la Corredora, viuda del corredor.

(El Alcalde echa una mirada indiscreta á la doncella y no le parece del todo mal.)

—¿Y cómo es que ha abandonado vd. al señor don Crisanto, niña? (La muchacha se pone colorada y se arregla el brial.)—Ya vé vd., porque... (El Alcalde interrumpe su respuesta y dicta el padron.) «Engracia de... tal; que deja al amo que servia, por... razon de estado, etc.

El elegante que espera el pasaporte hace largo rato, busca donde sentarse; pero el Alcalde previendo este desacato, ha suprimido las sillas.—Llégale en fin su turno, y el Alcalde le pide un fiador con casa abierta.

—¡Un fiador, un fiador! (responde el caballero) á mí, don Magnífico Pabon, conde del Empíreo, que paso de intendente á Filipinas...

—Mas qué sea vd. (replicó el Alcalde) el mismísimo Preste Juan. Aquí no hay mas que la ley; la ley...

Por fortuna acierta á entrar á la sazón el zapatero de viejo que trabaja en el portal de don Magnífico tras de un biombo (que no puede ser casa mas abierta) y aquel, conociendo lo árduo del caso, le propone si quiere ser su fiador. El zapatero contesta que sí, pero no sabe como él, que viene á responder de un duro tomado al fiado, puede....

—No importa (replica el Alcalde); la ley es ley, y Vd. tiene casa abierta, con que puede vd. ser fiador. Estienda vd. el documento, secretario, yo dictaré. *«Pasaporte para el interior. Concedo pasaporte, etc. (lo impreso) á don fulano de tal, baron de Illescas, que pasa á las islas Fili-*



pinas en la Habana; va de intendente á negocios propios: sale en posta, via recta, y con obligacion de presentarse diariamente á las autoridades de los pueblos donde pernocte... Señas personales, Cara redonda; ojos idem; boca idem; pelo idem. Va sin enmienda. Valga por un mes.

EL ELECTOR.

El interminable y desatentado giro de nuestra máquina política, ha privado de la vara (ó sea baston) de barrio á nuestros tenderos y hombres buenos; pero en cambio quedan aun á todo honrado ciudadano una porcion de derechos imprescriptibles, con los cuales puede en caso necesario engalanarse y darse á luz.

En primer lugar tiene el derecho de pagar las contribuciones ordinarias de frutos civiles, paja y utensilios, culto, puertas, alcabalas, etc., amen de las estraordinarias que juzguen conveniente imponer los que de ellas hayan de vivir.—Tiene la libertad de pensar que le gobiernan mal, siempre que no se propase á decirlo, y mucho menos á quererlo remediar.—Puede, si gusta, hacer uso de su soberanía, llevando á la urna electoral una papeleta impresa que le circulan de orden superior.—Está en el lleno de sus prerogativas, cuando hace centinela á la puerta de un ministerio, ó acompaña á una procesion uniformado á su costa con el traje nacional.—Da muestra de su aptitud legal y representa la opinion del pais, cuando abandonando su taller ó su mostrador, va á escuchar como jurado la acusacion y defensa de un artículo de periódico, que para el fiscal es subversivo, y para él es griego.—Y ejerce, en fin, una envidiable magistratura, cuando emplea su influjo y diligencia para que el uno sea alcalde, el otro regidor,



este oficial de su compañía, aquel jefe de su escuadron. — Por último, el bello ideal del Elector, es cuando á fuerza de su valimiento y conexiones llega á trepar hasta el rango de Electo; cuando á impulsos de la popularidad que disfruta en su casa ó en su calle, consigue trocar un año la vara de Búrgos por el baston concejil; el peso de los garbanzos por la balanza de Astrea; el banquillo de su trastienda por el banco municipal.—Entonces es cuando reconoce lo bueno de un orden de cosas en donde uno es cosa; lo excelente de una administracion en que uno propio administra; lo admirable de un teatro en que uno hace de galán.

Guiado por el celo hácia el servicio público (hablamos del público de su bando, pues el otro no es prójimo) trabaja dia y noche con asiduidad; asiste á comisiones; registra expedientes; presenta proyectos; sostiene polémicas; dirige obras públicas y comidas patrióticas; y en uso de su derecho, descuida sus propios negocios y se arruina por dirigir los de los demas.—Verdad es que llegado aquel caso se toma tambien la libertad de no pagar, por la sencilla razon de no tener con qué; y á la demanda de sus acreedores, responde heroicamente cual el otro ilustre romano: «Hoy hace un año que *me pronuncié* y salvé á la patria; vamos al Capitolio á dar gracias á los dioses:»— Y cogen y se van á la taberna á echar medio chico.

EL POETA BUCOLICO.

Hé aquí otra raza antediluviana que los futuros geólogos hallarán en el estado fósil bajo las capas ó superposiciones de nuestra tierra vegetal.—Hé aquí otro de los tipos inocentes y de buen comer que la marcha corretona del

siglo ha hecho desaparecer de la escena, con sus dulces caramillos, sus florestas y arroyuelos, sus zagalas retonzonas y sus pastores peripatéticos, sus fieles Melamos, y su cayado patriarcal.

Hoy día, si uno se echa á discurrir por esos prados adelante, en vez de tiernos coloquios y flautiles conciertos, está á pique de asistir á un entierro de algun poeta suicida, ó á un desafío á pistola entre dos filósofos, ó á una imprecacion al diablo hecha por una muger fea y superior.—El olor del tomillo se ha cambiado por el de la pólvora; las églogas coreadas por los responsos y nocturnos; y el amor cieguessuelo por el ojo anatómico del doctor Gall.—Ya no hay ovejas que asistan al cantar sabroso

«de pacer olvidadas escuchando.»

hoy solo figuran buhos agoreros que en cavernoso lamento y profundo alarido interrogan á la muerte sobre su fatídico porvenir.—Ya no hay chozas pajizas, quesos sabrosos, ni leche regalada: solo se ven *en el campo del dolor* espinas y abrojos, sepulcros entreabiertos, gusanos y podredumbre. Los mansos arroyuelos, trocáronse en profundos torrentes; las floridas vegas, en riscos escarpados; las sombrías florestas, en desiertos arenales.

Yo, si va á decir la verdad (y con el permiso del auditorio), no veo esto ni aquello por mas que me echo á mirar; lo cual me convence mas y mas de mi prosáica, material y nimia inteligencia.—Y hé aquí sin duda la razon por qué no he tropezado aun con zagalas ni con ángeles; los Salicios y Nemorosos he tenido siempre la desgracia de verlos bajo la forma de Blases y Toribios, y su dulce lamentar mas me ha parecido graznido de pato que música celestial;—así como tampoco veo la sociedad de maldicion

que los modernos vates, sino un mundo muy divertido, como que no conozco otro mejor: ni en la muger hermosa, me echo á adivinar su mísero esqueleto; antes bien me complazco en contemplar su belleza, muy propia para lo que el Señor la crió.—Los arroyos y torrentes no me murmuran ni me lamentan, antes bien me refrescan y me hacen dormir la siesta:—el cementerio me parece cosa muy santa y muy buena; pero no pienso entrar en él hasta que me lleven; y en cuanto á los puñales y venenos los dejo á los herreros y boticarios.

Mas si por alguno de aquellos extremos me hubiese tomado el diablo (dado caso de que yo fuera un genio) escogia á no dudarle el de la zamarra pastoril, y desde ahora para entonces renunciaba á los goces de la sanguinosa daga ó del buhido puñal.—Porque aquellos (los zamarreros) eran hombres de buen humor, que así entonaban un epitalamio, como bailaban un zapateado; que así disertaban en una academia, como improvisaban una *bomba* en un regalado festin.—Ni se tenian por hombres providenciales, enormes; ni pretendian á lo que creo ser la única espresion de la sociedad; y lo eran sin embargo, con su poesía rosa-da, sus honrados conceptos, y su mantecosa moral.—Para ellos el ser poeta era lo mismo que hacer coplas, y de ningun modo pensaban que esto era una mision, sino un intríngulis; y el que tenia vena (que así se decia) ó le soplaban la musa (que así se pensaba), tenia carta blanca para salir por esas calles adelante disparando redondillas y ovilletes, epigramas y acertijos á todo trapo, viniesen ó no á pelo; los cuales, corriendo luego de boca en boca, acababan por dar al coplero repentista una fama colosal.

Esta reputacion, en verdad, á nada conducia, ó le conducia, cuando mas, derechito al hospital de Toledo; pero mientras andaba suelto, era el hombre mas feliz de la

tierra, viendo impresas en el Diario sus improvisaciones y ensueños; oyendo cantar sus gozos á las colegialas de Loreto ó á los niños de la doctrina; y guiando él mismo el coro báquico en el banquete de un grande de España.— Una plaza en la contaduría de este, una buhardilla en las nubes, un banquillo en la librería, ó un tablero de damas en el café; bastaban á llenar sus deseos y á amenizar su existencia: el término de aquellos era un beneficio simple ó la administracion de un hospital. Hasta que ya en edad avanzada, se retiraba del mundo, renegaba de su lira, y se abrazaba con el hábito franciscano ó la sotánilla del hermano Obregon.

EL AUTOR DE BUCOLICA.

Ahora, en los tiempos positivos que alcanzamos, el ingenio está sujeto á tarifa, Apolo y las musas se rigen por un arancel.—No hay eruditos que consuman su vida en averiguar fechas ó en interpretar viejos cronicones; pero en cambio tenemos ámplia cosecha de *genios* improvisados, desde la edad de diez á la de veinte abriles; amen de algunos *genios de pecho* que hacen concebir las más lisongeras esperanzas.—En los principios de su carrera, el ingenio espontáneo derrama á manos llenas y sin el más mínimo interés los torrentes de su sabiduría; pero andando más los tiempos y luego que reconoce la necesidad práctica de ganar su vida, la razón corta los vuelos al albedrío, la materia sube á las ancas del espíritu, y el cálculo matemático entra á disputar el campo á la noble inspiración.

Nuestro autor entonces abre tienda de talento, ó pone

bufete de ingenio; y abraza la carrera de las bellas letras como el comerciante la de las buenas, y el abogado la de las malas.—Echa el ojo en el vasto campo de la literatura á aquella especialidad que mas le conviene ó de que espera tener mayor despacho; y ya se dedica á vender á la menuda trozos líricos y composiciones fugitivas, al sol, á la luna, á las estrellas, y demas novedades, ya se declara filósofo contemplativo y pintor de las costumbres sociales; ora se emplea en trazar la historia que puede pasar por novela, ora se complace en escribir novelas que pican en historia; los unos se encargan del surtido por mayor de narraciones, episodios, cuentos y traducciones para los periódicos; los otros (y son los mas) disparan al teatro su herizada batería de dramas venenosos, tragedias líricas, comedias, loas y entremeses.

La literatura mercantil se desarrolla, en fin, entre nosotros, y estamos ya muy lejos de aquellos tiempos en que se decía que

«solo la poesía es buena
hecha á moco de candil.»

Hoy nuestros vates necesitan para sus doradas inspiraciones tintero de plata y bujías de esperma, papel satinado y mullido sofá.

Hasta ahora, es verdad, la importancia metálica de esta profesion no ha llegado en España el alto grado que alcanza en los mercados estrangeros, y solamente el ramo teatral es el que ofrece ventajas á los que se dedican á cultivarle.—Hé aquí la causa por qué abundan los poetas dramáticos y escasean los historiadores y prosistas:—la solucion del enigma está en que para las comedias hay empresarios y para los libros no; que aquellas se cotizan al

contado como papel de nueva creacion, y estos entran en la categoría de deuda diferida y sin interés.

Todo lo que no sea, por lo tanto, hacer comedias, es lo mismo que no hacer nada: para la gloria, porque nadie lo lee: para el bolsillo, porque nadie lo compra.—El autor dramático recibe á lo menos su contingente mitad en laureles y mitad en pesos duros: el escritor de libros tiene que consolarse con apelar al juicio y aplauso de la posteridad.—Verdad es que los libros que hoy corren no llegarán á ella, ó solo llegarán bajo la forma de cucuruchos.

Por lo demás, siempre es un consuelo tener una puerta abierta por donde entrar á lucir el ingenio; y cuando esta puerta es ancha y espaciosa como la Puerta Otomana, tanto mejor; porque conviene á saber, que para ser hoy dia escritor dramático, no se necesita gran dosis de invencion ni de filosofia, de observacion ni de estilo.—Se agarra una historia, y cuando en ella no se encuentra cuadro dramático, se suple lo que falta, se cuelga un crimen al mas pintado, y que chille el muerto;—se dialoga un folletin ó se disuelve en coplas un fragmento, y que rabien y bostecen los vivos;—se cuentan en quintillas y romances una conversacion de paseo, unos amores de entresuelo, y hágote comedia de costumbres:—se pilla un carácter á Moreto, una situacion á Rojas y un enredo á Tirso, se rellena el hueco con el competente ripio, cosecha de casa, y allá va un drama filosófico ó caballeresco.—Ultimamente (y es lo mas socorrido) se traduce un drama de Buchardi, ó una piececita de Scribe, se la esquila, trastrueca y muda el nombre como hacen los gitanos con las caballerías hurtadas, y hágote acomodo y arreglo á la escena española.—Por lo demas, objeto ni intencion moral ó política Dios los dé.—¿Que ha querido probar el autor con esta comedia? (preguntaba yo á un amigo al salir del teatro).—Yo lo diré á vd.

(me contestó) ha querido probar que se pueden ganar cien doblones con una sandez, y lo peor es que lo ha conseguido.

Por fortuna, entre el destemplado clamoreo de este *ttuti* dramático, descuellan hasta una media docena de voces verdaderamente sonoras y apacibles que hacen olvidar el dicho coro infernal.

EPILOGO.

No concluiríamos nunca, si hubiéramos de trazar uno por uno todos los tipos antiguos de nuestra sociedad, contraponiéndolos á los nacidos nuevamente por las alteraciones del siglo.—El hombre en el fondo siempre es el mismo, aunque con distintos disfraces en la forma;—*El cortesano* que antes adulaba á los reyes, sirve hoy y adula á la plebe bajo el nombre de *tribuno*;—el *devoto* se ha convertido en *humanitario*;—el *vago* y *calavera* en *fascioso* y *patriota*;—el *historiador* en *hombre de historia*;—el *mayorazgo* en *pretendiente*;—y el *chispero* y la *manola* en *ciudadanos libres* y *pueblo soberano*.—Andarán los tiempos, mudaránse las horas, y todos estos tipos, hoy flamantes, pasarán como los otros á ser añejos y retrógrados; y nuestros nietos nos pagarán con sendas carcajadas las pullas y chanzonetas que hoy regalamos á nuestros abuelos.... ¿Quién reirá el último?

EL CURIOSO PARLANTE.

TENGO LO QUE ME BASTA (1).

*«Le peu qu'on travaille c'est pour
parvenir á ne rien faire; ne rien
faire est ici le bonheur.»*

DUPATI.

Todos los autores que han tratado de nuestra España han pretendido pintar á su manera el carácter nacional. Conviniendo casi todos, por lo regular, en nuestra poca afición al trabajo, cada cual ha motivado esta circunstancia en diferente causa. Unos, por ejemplo, dijeron, que era debida á la influencia de un clima ardiente y voluptuoso; otros á la falta de estímulo y galardón; cual la achacó á orgulloso desden; cual á invencible pereza.

Tambien yo he solido participar alternativamente de tan distintas opiniones; pero reflexionándolas bien y

(1) Este artículo y el siguiente, escritos en 1839 para insertar en una publicación de la Habana, fueron incluidos indebidamente en alguna de las ediciones de las *Escenas Matritenses*. Pero por su índole no pertenecían á aquella obra, tratándose en ellos de bosquejar tipos generales de la sociedad española, y no contraidos especialmente á la madrileña.

combinadas en mi imaginacion aquellas causas, me inclino á creer que las que llamamos tales, no son sino efectos, y que este vicio de nuestro carácter consiste en que no participamos de otro vicio mayor, que es el de la ambicion; sin cuyo poderoso estímulo todos los tratados morales ni las leyes civiles son y serán insuficientes para hacer al hombre transigir con la obligacion de trabajar constantemente.

Ahora bien; ¿por qué esta falta de ambicion en los españoles, cualidad escepcional que les distingue entre todos los pueblos de la moderna Europa?—¿Será acaso nacida de virtud ascética que imponga un rígido freno á los desmandados deseos del corazon? ¿Será por filosofia práctica y sincero desengaño de las ilusiones del mundo? ¿Será, en fin, por hallarse todos constituidos en tan feliz situacion que nada tengan que envidiar; nada que trabajar para conseguir?

Reflexionemos, pues, y echaremos de ver que hay algo de todo; algo de virtud, de filosofia, y de bienestar.—Me esplicaré.

Hay algo de virtud; porque virtud es aquella dignidad del alma, que otros llamarán arrogancia, que nos hace repugnante la idea de cometer una bajeza; aquel sentimiento de amor propio que nos inclina á amar la independenciam, y nos traba la lengua si intentamos dirigir espresiones de lisonja y sumision á otro ser que miramos como igual; aquel invencible tedio con que solemos mirar toda ocupacion en que creemos ver rebajada la dignidad del hombre, toda sujecion que llegue á comprometer su preciada libertad.

Hay algo de filosofia; porque filosofia es la moderacion de los deseos, y la tranquilidad del ánimo; la reduccion de nuestras necesidades el menor término posi-

ble; el desprecio de los falsos oropeles, y la uniformidad sistemática, en fin, de nuestro pálido existir.

Hay algo de bienestar; porque bienestar es el hallarnos acostumbrados á la frugalidad y aun la miseria; comer con alegría el pan moreno; vivir contentos en una mezquina habitacion; envolver nuestra descuidada persona en una parda capa, y recibir sentados largas horas el gratuito beneficio de la presencia del sol.

En sociedades mas avanzadas ó mas codiciosas, los hombres se agitan continuamente para llegar á aumentar la série de sus goces, que muy luego convierten en otras tantas necesidades.—Cuál riega con copioso sudor una tierra ingrata, para obligarla á producir variados frutos con que haga mas regalada su existencia;—cuál modifica y combina las invenciones de las artes, para cautivar la atencion de un público exigente y caprichoso;—hay quien mira blanquear prematuramente sus cabellos á impulsos de largas vigiliass, de constantes estudios, para producir una obra que asegure su inmortalidad;—hay en fin, quien sueña con la idea de fijar la atencion del pais, dominar sus destinos, é imponer el sello de su nombre á la época en que vive.

Ninguno allí está satisfecho con lo presente; todos aspiran á mas grande porvenir; el labrador, el artesano, el comerciante, el escritor, el político; todos se sienten agujonear por una necesidad dominadora, por un instinto irresistible hácia un *mas allá* que estienda el círculo de sus satisfacciones, que les haga dejar atrás á los que marchan á su nivel.

Y de esta agitacion, y de este movimiento, y de estos vicios, considerados tales á los ojos de la severa filosofía, vienen á resultar sin embargo grandes adelantos, y tal vez la riqueza y la prosperidad de una

nacion.—A la ambicion de los individuos suele deberse la fertilidad y abundancia de los frutos de su suelo, la actividad del comercio, las ingeniosas combinaciones de la industria fabril; el lujo, que arranca de la tierra los metales preciosos, hace mover las ponderosas ruedas á impulso del vapor; la vanidad, que crea las distinciones y los palacios, suele dar vida y alimentar á las bellas artes, y transformar en parques deliciosos los temerosos yermos y los incultos matorrales; y el amor propio, y el orgullo que presidieron á las tareas del sábio, son capaces de producir las obras inmortales que eternizan su memoria.

Quitad, pues, á una sociedad entera este orgullo, este amor propio, esta ambicion, este lujo, esta vanidad; inspiradla el desprecio de los placeres mundanos, la moderacion y el contento con las mas exígüas necesidades; veréisla convertirse muy luego en un cuerpo raquíptico y apocado, en un silencioso yermo en que solo alcance á percibirse de vez en cuando el saludo fatal de los discípulos de San Bruno «*¡Que morir tenemos!*»

No permita el cielo que yo, español por cuatro costados, y amante de mi patria como el que mas, trate de exagerar hasta este punto su indiferente apatía, ni desconozca los agigantados pasos con que camina ya por la senda de los útiles progresos;—pero baste para mi propósito sentar que esta indiferencia existe, y existe aun bastante generalizada, para que los extranjeros, interesados fiscales de nuestras acciones, continuen mirándonos con el mismo lente desdeñoso que hasta aquí.—A ellos responderá la España moderna con mil acciones generosas, con mil virtudes positivas que prueban sus esfuerzos para luchar contra dos siglos de constante adversi-

dad;—responderán las orillas de nuestros mares, las escarpadas cumbres de nuestras montañas, no ya descuidadas ni exentas del peso del arado, ni de la planta del labrador;—responderá nuestra industria renaciente, cerrando cada día la puerta á un nuevo artículo de los que antes nos abastecía el extranjero;—responderán en fin algunos hombres verdaderamente sabios, á par que modestos, que sin ambicion y sin estímulo trabajan con ahinco para contribuir á la pública felicidad.

Sin embargo, como las leyes y otras causas poderosas formaron las costumbres generales, y estas costumbres no son cosa que pueda variarse en solo un día, reconozcamos como distintivo todavía bastante característico de las nuestras, aquella apatía ó pereza de que hablábamos al principio; y ya nacida de influencia del clima, ya de consecuencia de las leyes, ya de virtud filosófica, ya de refinado egoismo, combatida sea por las armas del raciocinio, por las del ridículo, si aquellas no fueren suficientes, y persigamos con todas nuestras fuerzas esta exagerada moderacion de deseos, este *«Tengo lo que me basta»* que impide á la mayoría de los españoles trabajar constantemente en mejorar su suerte, en acrecer su fortuna, y prepararse un porvenir mas halagüeño.

«Tengo lo que me basta!» esto dice el mísero labrador, que en toda su vida ha querido escuchar los consejos de la ciencia, que le dicen que variando sus frutos podria doblar su precio, podria habitar una casa mas cómoda; podria abandonar por otro nuevo el vestido que heredó de sus padres; podria entregarse el día festivo á un halagüeño recreo; podria resistir con confianza á una mala cosecha, una tormenta, una enfermedad ú otra cualquiera desgracia.

¡Tengo lo que me basta! esclama el descuidado jornalero, que cuenta sus necesidades por el valor de su soldada; que mira en sus callosas manos la única garantía de su existencia; sin querer recurrir á su cabeza á buscar los medios de hacerlas valer mas; que reduce todos sus placeres á la ominosa taberna, y mira el término de sus esperanzas en las salas de un hospital.

¡Tengo lo que me basta! prorrumpe tambien el atareado doméstico, que regalado con las sobras de la mesa de su señor, hace gustoso cesion de su albedrío, y desoye la voz de su razon que le grita que por sí propio pudiera acaso proporcionarse una situacion independiente y feliz.

¡Tengo lo que me basta! replica el mezquino mercader, no bien ha dado á su comercio alguna clientela, que le asegura una existencia medianamente cómoda; por eso no cambia sus géneros por otros nuevos; por eso no da mayor vuelo á sus especulaciones; por eso en fin no contribuye como pudiera á la riqueza y civilizacion del pais.

¡Tengo lo que me basta! repite el autor á quien sus obras ó sus malos pecados proporcionaron un empleillo ó una herencia regular; y por esto renuncia á la gloria de su nombre, y por esto cesa de estudiar y de instruir á sus semejantes; y deja colgada su péñola, y se envuelve y ofusca en la concha de su egoismo.

¡Tengo lo que me basta! claman en coro el elocuente abogado, el famoso médico, á quienes el trabajo de algunos años ó una boda ventajosa aseguraron una módica renta, una pequeña propiedad; y renuncian por ella á su futura fama, á sus progresivos adelantos, y dejan abandonados á sus clientes, y miran á sus enfermos morir á manos de la ignorancia.

¡Tengo lo que me basta! prorumpen el artista, el poeta, que vieron al pueblo entusiasmado aplaudir sus producciones. Y se duermen al lisonjero ruido de los aplausos, y dejan marchitar sus laureles por no acudir á renovarlos alguna vez.

¡Tengo lo que me basta! decia, en fin, don Modesto Sobrado, antiguo compañero de mis mocedades, tipo verdadero de la moderacion y desdeñosa indolencia del hidalgo castellano.

Nacido y criado en una miserable aldea de tierra de Burgos, hubiera trascurrido el resto de sus dias tan unido á su pais natal como los robustos y frondosos robles que adornaban su término, sin cuidarse de saber si el mundo se estendia ó no mas allá de donde alcanzaba su vista.

Una modesta casa de labranza que contaba heredar de sus padres, y en que se habian sucedido cuatro generaciones anteriores, unas viñas y tierras de pan llevar, un caballo y cuatro perros para la caza, y los domingos y fiestas de guardar una barra para ejercitar las fuerzas y una bandurria descordada con que llevar el compás á las mozas del pueblo cuando se juntaban á bailar.—Tales eran las circunstancias de nuestro mozo, y tan satisfechas hallábanse con ellas todas sus necesidades, que no hubiera podido comprender al que le hubiese hablado de otras mayores; tanto mas, cuanto ya sus padres, calculando anticipadamente los primeros deseos de la naturaleza, habianle preparado objeto conveniente y contratado de antemano su futuro matrimonio con una prima suya de edad proporcionada, y de la misma clase y vecindad.

Quiso, empero, la mala suerte, que no bien cumplidos por Modesto los diez y ocho años, y cuando ya

el señor cura de la aldea tomaba conocimiento del consanguíneo, y solicitaba del provisor la correspondiente licencia para celebrar *in facie Ecclesie* aquella pacífica union;—quiso el diablo, vuelvo á decir, que la publicacion de una quinta viniese á interrumpir tan santos proyectos, y á sembrar la consternacion en aquellos corazones que se amaban necesariamente, porque no podian figurarse que pudiesen hacer nada mejor.

En vano los padres respectivos de ambos consortes emplearon su influjo con el señor alcalde para darle á conocer la próxima y sagrada obligacion en que estaban; en vano hicieron un viage á la ciudad para consultar con el abogado don Pedancio, é interponer ante la comision de agravios la correspondiente escepcion;—no hubo remedio;—el abogado cobró sus derechos; la comision hizo su agravio; y su merced el alcalde satisfizo á la pública opinion de los otros tres mozos sorteadables del pueblo, incluyendo en el cántaro el nombre de Modesto, quien como era consiguiente, y por ser el que mas falta hacia en su casa, sacó la bola negra; aunque malas lenguas contaron entonces que mas que á su sino lo debió al signo del escribano.

Ya tenemos á nuestro jóven burgalés medido y feliado; ya los físicos han reconocido su persona y declarado solemnemente que es muy á propósito para hacerse matar; ya los camaradas han colocado en su sombrero un pedazo de grana con una aleluya, retrato de la magestad reinante; ya en fin, el sargento de reclutas le arranca de sus hogares, y rie de buena fé al observar la desesperacion de los padres, el llanto de la muchacha, y el embarazo y tristura del galan.

Mirémosle, pues, cambiar repentinamente su vida

apacible y tranquila por el bullicioso movimiento del cuartel; mirémosle aprender con rudos trabajos los ejercicios bélicos, y trasladarse despues á las guarniciones y campos de batalla.—En todos puntos cumplió sus deberes como valiente y como honrado, y sus buenas cualidades le hicieron desde luego tan buen lugar en la opinion de sus gefes, que pasando sucesivamente por todos los grados inferiores llegó á merecer en pocos años ver premiados sus servicios con el grado de capitán.

A medida que la suerte le colocaba en mayor altura, hacíanse mas y mas patentes su valor é inteligencia, y ya todos los gefes veian un digno sucesor en el capitán Sobrado, tratándole con aquella consideracion que el mérito superior sabe granjearse, aunque se halle encubierto bajo las insignias de un subalterno.

Mas la estremada moderacion de su carácter vino á interrumpir tan brillantes esperanzas, inspirándole un tédio invencible por la agitacion de la carrera militar; despertando sus ideas de reposo; y subyugando su imaginacion con el vehemente deseo de regresar á su pais natal.

—«Ea bien (decia contristado en sus frecuentes soliloquios), ya soy capitán; ya conozco lo que valen los agitados deseos de la gloria, el envidiado oropel de los honores militares.... ¿A qué engolfarme mas y mas en este mar proceloso, en busca de una felicidad que tal vez me dejo á la espalda, ó á riesgo de una bala que me atraviere el pecho ó de una injusticia que me envenene el corazón?—Alto allá, osados deseos; dejad de aguijonear mi dormida ambicion; soy jóven y honrado; he dado ya pruebas de mi valor; mi patria me agradece y cuidará de mi sosten; mi casa me espera y.....

Tengo lo que me basta; dejemos el resto á los que vienen detrás.»

Y con asombro de sus gefes y con gran sentimiento de sus subordinados, este brillante adalid, en quien reposaba mas de una esperanza, solicitó y obtuvo su retiro y tomó tranquilamente la vuelta de su aldea.

Ocho años eran pasados desde que habia salido de ella en servicio de la patria, y en ellos, como era de suponer, habian acaecido grandes mudanzas en el pueblo y en su familia.—Sus ancianos padres habian muerto ya; sus amigos tambien habian desaparecido casi todos, su futura y ya pretérita esposa, lo era de presente de otro hidalguete de las cercanías; y de su escasa fortuna, en fin, apenas quedaba sombra ya.

Reflexionó entonces nuestro héroe, y casi se arrepintió de su resolucion en haber dejado el servicio donde tan prósperamente le sonreia la fortuna.—Consideró, sin embargo, que á los veinte y seis años, con buena salud, talento y experiencia de mundo, no estaba en el caso de desesperar de aquella, por lo que haciendo un esfuerzo su natural repugnancia, arregló como pudo sus negocios (que muy poco tenian que arreglar), y se trasladó á la córte, donde por sus buenas relaciones y mejor suerte, pudo al fin obtener un modesto empleo en la administracion de rentas de una ciudad subalterna.

En este destino, su entendimiento despejado y su esquisito celo le hicieron mostrar tal aptitud, que muy en breve logró verse ascendido á mayores empleos y propuesto como modelo á los demás empleados del ramo.—Pero en el punto y hora en que se halló colocado en una administracion medianamente dotada, allí hizo alto á sus progresos, y descansando apaciblemente en su

tranquila posesion, repetia á los que hablaban de futuros adelantamientos.—«¿Y por qué los he de procurar? Soy feliz; *tengo lo que me basta*; dejemos á los otros que trabajen para sí.»

Un empleo, sin embargo, ya sabe todo el mundo que nó es un censo vitalicio, y que son por consecuencia harto falsos los cálculos que se pueden fundar en él; sobre todo, cuando el que calcula no es intrigante y no está siempre dispuesto á dar asalto á la plaza superior y defender la brecha que la codicia y la envidia abren en la suya.—El empleado, pues, que se estaciona, esté seguro de caer, porque es cosa imposible conservar la inmovilidad en medio de la general agitacion; y en tales casos el no ganar es perder, y el permanecer tranquilo, equivale á quedarse atrás.

Nuestro don Modesto lo era demasiado para seguir tan agitado sistema; y parapetado (parecíale á él) suficientemente en la estricta observancia de su deber, no cuidaba de saber las mudanzas de gabinete; ni leia las declamaciones periodísticas; ni daba alguna vuelta por las antesalas de la córte; ni tenia esposa bella que recibiese visitas de los amigos y protectores.

Vése por lo dicho que nuestro hombre era mas propio para los tiempos añejos y poco ilustrados en que no se habia llevado tan á cabo *la perfectibilidad social*; y déjase inferir que á pesar de sus merecimientos, muy pronto habia de ser condecorado con el título de *cesante*, y trasladado como otros miles al inmenso *panteon*.

Quando esta calamidad llega á los cincuenta ó sesenta de la edad, no tiene cura; y acaba naturalmente con el individuo atacado; mas cuando (como aconteció

en el presente caso) el accidente se manifiesta y acomete en la fuerza de la juventud, todavía la naturaleza halla medios de sacudir el ataque, y suele mostrarse mas enérgica, como para desmentir la parálisis á que se quiso sujetarla.

Así ni mas ni menos sucedió á nuestro jóven ex-administrador; por lo que en vez de trabajar de nuevo con sus gefes para solicitar una reparacion de aquella injusticia, ó tal vez tomar pretesto de ella para darse á luz como la víctima de un partido, y órgano natural del otro, recurrió unicamente á sus propios medios; entabló un pequeño giro mercantil; hizo largos viajes por mar y por tierra para estender sus especulaciones; y llegó á conseguir, por fin, al cabo de algunos años una posicion regular, debida á la fama de su probidad é inteligencia.

En casos tales, cuando la señora fortuna gusta de sonreír á un genio laborioso y emprendedor, es lo natural que el favorecido mortal se deje arrastrar de la corriente, y crezcan con el suceso las alas de su ambicion, sacrificando á ella su libertad, su reposo y su conciencia misma.

Esto es, sin duda, un extremo vituperable;—nuestro protagonista inclinaba, como hemos ya visto, al lado opuesto.—Establecido una vez con regularidad, y calculando prudencialmente cubiertas sus modestas necesidades, cesó de todo puntó en sus trabajos; compró una casita de campo, y se retiró del bullicio de la ciudad; y dando las gracias á sus corresponsales, se despidió cortesmente de ellos para entregarse de buena fé á esta tranquilidad de vida, á este *dolce far niente* á que siempre habia aspirado como el término posible de la humana felicidad.

Acaso parecerá increíble á mis lectores; pero este

hombre, cuya existencia parecen varias diferentes, aunque sometidas á un mismo influjo, habia sabido estudiar durante su larga carrera en el gran libro del mundo—libro abierto para todos, aunque muy pocos sean los que alcancen á leer en él,—y luego que se vió tranquilo y reposado en el interior de su estudio, tomó la pluma, escribió sencillamente y sin reflexion sus propias ideas; y cuando á empeño de varios amigos dejó salir á luz algunas de sus producciones, el general entusiasmo saludó al que de improviso y como contra su propia voluntad se colocaba desde luego entre los primeros escritores del país.—Pero en vano el público esperó algunos años á que nuevas publicaciones viniesen á justificar mas y mas su brillante aparicion en el órbe literario;—el descuidado autor, constante en su sistema de indiferencia, escuchó aquellos elogios, recogió aquellos laureles, y colgándolos como trofeos á la cabecera de su lecho, se volvió del otro lado, y dijo: «*Tengo lo que me basta*; no quiero ni debo trabajar mas.»

Llegó, sin embargo, un dia en que nuestro hombre hubo de reconocer que ni sus riquezas, ni sus laureles, ni su egoismo, eran bastantes á llenar un vacío que empezó á sospechar en su corazon.—¿Y dónde dirán vds. que miró escrita esta verdad aquel filósofo práctico, aquel ser aislado é indiferente?—Pues fué nada mas que en unos ojos negros, en un lindo talle, en una niña, en fin de veinte abriles que la casualidad le puso delante.

Nuestro protagonista rayaba ya en los cuarenta y cinco, y aquella enorme desproporcion de edades le inspiraba respeto. Además hábale siempre tenido á las severas condiciones del matrimonio, y seguro como estaba de bastarse á sí propio, recelaba justamente de poder bastar á un capricho ageno.—Sin embargo, yo no sé que

aguijón que se le había clavado en el alma, no sé que hastío producido nuevamente hasta de su misma saciedad, pudo mas que todas las misantrópicas reflexiones; y echando, como suele decirse, pecho á la mar, se resolvió en fin á dar su mano á aquella niña sin cuya amable sonrisa no podía ya vivir.

Ligado una vez á ella con los sagrados vínculos conyugales, todo su conato se convirtió á inspirarla sus propias inclinaciones, lo cual no le parecia imposible en una niña casi sin ideas propias, y agena de los caprichos y de la exigencia del mundo.—No obstante, pareciéndole no ser bastante amado de su esposa, quiso á fuerza de obsequios hacerla olvidar la diferencia de edades: y apresurándose á adivinar sus pensamientos para luego satisfacerlos, compró una casa en Madrid y se trasladó á vivir á ella.—Las necesidades nuevas crearon otras mayores; la comodidad trajo el lujo; la casa nueva trajo los muebles nuevos; la frecuencia de la sociedad agena trajo la sociedad al hogar propio; con ella vinieron el lujo y las modas, los caprichos y la vanidad.—No paró aquí, sino que el amor, que había traído á la muger, trajo al fin del primer año á una hermosa criatura, y al año siguiente otra, y otros dos al tercero; y con ella vinieron las nodrizas pasiegas, y las enfermedades y los médicos; y luego los ayos y preceptores; mas adelante los novios de las niñas y las calaveradas de los muchachos; con lo cual don Modesto, llegado á la edad sexagenaria, reconoció al fin que *no le bastaba lo que tenia*, ó que solo tenia lo suficiente para ofrecer á Dios en desagravio de su indolencia.

Tarde era ya para que este hombre que con un poco mas de constancia hubiera podido llegar á ser un buen general, un gran funcionario, un poderoso comerciante, ó un distinguido literato, recuperase el tiempo perdido,

cuando ya le faltaban las fuerzas y el hábito del trabajo. —Reconoció la imprudencia con que había confiado en el porvenir; vió claramente que no había tomado en cuenta la larga cadena de necesidades que el hombre va eslabonando durante su vida, y que no le es lícito desperdiciar un dia solo sin que no haya despues de lamentarle. —Por último, de su misma desgracia, y de su triste y miserable fin, dedujo él entonces y reproduzco yo aqui la consecuencia de lo imprudente que suele ser este «*Tengo lo que me basta,*» que hace renunciar muchas veces á los hombres y á las naciones á su vitalidad é inteligencia, condenándoles á una voluntaria parálsis, y acaso acaso á su cierta é inevitable ruina.

(Junio de 1838.)

EL ESPIRITU DE ASOCIACION.

El siglo XIX corre que vuela, y eso que ya no es ningún rapaz que digamos, sino antes bien entrado en años, como que para la próxima venitura ha de contar, si no miente el calendario, sus cuarenta navidades debajo del peluquin;—pero él siempre tieso y rozagante, como aquellos señores mal criados, que empezaron á los doce años á hacer calaveradas, y que pretenden prolongar todavía su juventud, á despecho de las arrugas que vienen á sorprenderles sin haberse fijado en nada, ni sin poder llegar á decir, *esto me está bien*.

Y aconteció, pues, con este señor siglo en sus primeros años, lo que de ordinario acontece con todos los muchachos traviosos y vivarachos; que no bien se les ve inclinados á jugar con el tambor, luego al punto suelen calificarlos de futuros héroes; y si tal vez aciertan á aprender de memoria y á recitar con desparpajo una fábula de Iriarte, de contado son y quedan clasificados en el catálogo de los sabios verosímiles.

Lo mismo nuestro siglo en cuestion; en sus primeros hervores hubo quien al verle quimerista y pendenciero profetizó de él gigantescas empresas y asombrosas haza-

ñas; y luego vimos que todo era puro ruido y nada mas. —Así que mas grandecito le miramos recitar coplas, y manotear fuerte, le apellidamos el siglo *de las luces* y de la filosofía.—Accionóse despues á las cosas sólidas, como los caminos de hierro, y las monedas de oro, y luego le bautizamos de siglo material y amigo de la *positividad*.—Pero en seguida le dió por aplicarse al gas y á las cerillas fosfóricas, y héteme aqui á mi siglo calificado de inflamable, volátil y fantástico; siglo de la poesía craoneoscópica y de las cartas de pega.

¿Quien, pues, no se ha dado de calabazadas por comprender y fijar el verdadero espíritu de este siglo proteo, indefinible, incomparable; tronera de niño, pausado de jóven, y mas entrado en años saltarin y brincador?—Muchas y muy buenas obras se han escrito para definirle; muchos y buenos pinceles se han empeñado en dibujarle; pero él á lo mejor se ha tornado de espaldas al retratante, ó hale dejado caer el tintero encima al atareado escritor.

Váyanle vds. con estos ejemplitos al márgen á tomar la medida al tal nene; quiero decir, á ponerle apellido que bien le cuadre, y hacer colar por exclusivamente suya cualquiera de las infinitas cualidades que adornan á este autor de *remedion*, á este cómico de la legua.—No, sino llámenle negro al mancebo, y en aquel punto y hora dará una voltereta, y veréisle tornado en blanco como un armiño.

Pero nadie podrá negarme que hay siempre en toda época alguna ó algunas cualidades mas especiales que otras; sin que al reconocerlas hayamos por eso de crearlas exclusivas, ni echarlas, como quien dice, á reñir con las demás. Del mismo modo que en cada semblante humano se advierten una ó mas señales que le distinguen de otros; como por ejemplo; una berruga en la nariz; lo cual es suficiente

para poder apellidar á su dueño *el hombre de la berruga*; sin que esto sea decir que aquel hombre sea todo berruga, sino es ya que la berruga existe en el hombre aquel.

Pues bien; entre estas cualidades fisionómicas (no la berruga) de nuestro siglo, coloco yo, y otros habian adivinado antes, la mancomunidad en las ideas y en las acciones de los hombres, ó por hablar en términos mas cultos, *el espíritu de asociacion*.

Con efecto, por poco que observemos, veremos luego que esta es la cualidad primordial, el humor dominante de nuestra época; y asi como en otras se han refundido y representado, digámoslo asi, en un solo hombre, esta se multiplica y subdivide por millonésimas partes, átomos imperceptibles, entre todos los séres contemporáneos; de suerte que no parece sino que todos nacemos faltos de alguna cosa, y que nos buscamos é incorporamos por instinto, para formar entre todos un juicio completo, ó una verdadera y sólida voluntad.

De aqui tantas asociaciones políticas, científicas y literarias; de aqui tantas discusiones y controversias; tantas obras enciclopédicas; tantas compañías de seguros mútuos; tanta gloria por acciones; tanto matrimonio á partir gastos.

«Cuatro ojos ven mas que dos» dice un refran.—Refranes hay para todo; y tambien otro que dice.—«A menos bultos mas claridad.»—Si lo que han de ver los cuatro ojos es una cosa sola, y en un punto fijo, claro es que los cuatro verán la misma cosa que los dos.—Ejemplo.—Reunan vds. muchos sábios en una junta, y sumen luego las cantidades de sabiduria.... ¿Cuánto me dan vds. si sacan menos que la que solia tener un sábio solo?

—«Dispare vd. una bala á ese buque, señor sargento.»

—«El buque no está á tiro, mi general.»

—«Pues dispare vd. toda la batería.»

No es esto decir que el espíritu de asociación no tenga y mucho de bueno; no señores: esto lo que quiere decir es que la asociación suele á veces estar reñida con el espíritu; por lo demás, ¿quién niega que es susceptible de mil aplicaciones á cual mas importantes?—Por ejemplo.

Llega en estos afortunados tiempos á cumplir catorce abriles un mancebo... ¿A qué se ha de aplicar? ¿Ha de ir á llenarse las manos de callos para aprender un oficio mecánico con que ganar su subsistencia...? ¿Atestará su calle de *infolios* para adquirir una profesión honrosa...? ¿O viajará, y revolverá mares y tierra en busca é investigación de la verdad?

Nada menos que eso.—Reúnesese con otros compañeros todos de su edad, y declárase como ellos sábio y literato. (Esto es ya de cajón; y literato en el lenguaje moderno quiere decir que conoce las letras, ó sea el alfabeto; la poesía es una planta natural de suyo que crece con las barbas)

Reunidos en *comandita*, traducen entre seis ó siete una comedia en un acto, ó disuelven sus ideas en un periódico por *tomás* semanales, ó bien cortan trozos y páginas enteras de acá y acullá, y lo zurcen y planchan de nuevo en su laboratorio, y hágote original.—Y los que no están de servicio, fórmanse en comision de aplausos, y repiten en coro las glorias del compañero, y chillan y rabian, predicando su entusiasmo al pobre público, que en todo habia pensado menos en sospechar que tenia un genio mas á quien adorar; y le mira y remira, y abre tanta boca, y dice como sorprendido.—«¡Vean vds., quien lo habia de decir! ¡y le teniamos por un fátuo!»—Hé aqui el espíritu de asociación útilmente aplicado al ingenio.

Sueña un pobre tendero que su vara se ha convertido

en la de Moisés, que hacia saltar torrentes de gracia de las duras peñas; mira á su paisano y antiguo compañero manejando grandes capitales, y dando la cara á formidables empresas. Hay, sin embargo una diferencia: y es que el tal paisano es efectivamente poderoso, mientras que nuestro hombre no tiene mas capital que su activa imaginacion.... No importa... ¿Quién dijo miedo?—Asóciase para explotar aquella con un tonto (que nunca faltan para bien de la humanidad), y á dos por tres, da con él en tierra, y luego con otros y otros, y salta por encima de todos, y se va elevando, elevando, hasta que de asociacion en asociacion, pára en asociarse con un magnate; y luego con un ejército; y despues con un gobierno; y alza y baja los fondos del estado; y hace y deshace paces y guerras; y forma oposiciones; y levanta ministerios y... vayan vds. á decirle al tal que el espíritu de asociacion no es cosa buena.

¡Pobre viuda! tú contabas con el dia treinta del mes, y hace muchos ya que los meses en España no tienen treinta; llamaste á la tesorería y la tesorería te respondió en hueco; hasta el perro guardador dejó de ladrar por falta de motivo; no tienes mas remedio, pobre viuda, que arrimar tu lumbre á la de tu vecino el cesante, ó traerte á tu celda al exclaustado, ó rezar con las monjas por vuestros difuntos bienes; y aplicar á la puchera el espíritu del siglo, el *espíritu de asociacion*.

Otra de las mas ingeniosas aplicaciones de esta *sociabilidad* es la que suelen hacer los inquilinos con sus caseros, declarándose dueños *in partibus* de la finca alquilada y usufructuarios *in integrum* de su propiedad.

Las damas de gran tono suelen celebrar tambien esta especie de *contrato social* con los mercaderes de la calle Mayor, pagándoles en sonrisas y amabilidad las blondas y rasos con que aquellos cuidan de proveerlas.

Los elegantes rigoristas tienen por *asociado* al sastre, y abierto permanentemente en su libro el registro de la sociedad; y los parásitos y aduladores de pandilla, se asocian á los poderosos, poniendo en fondo comun sus loores y simpatías, mientras que por la contraria se ofrecen los palcos abonados, las doradas carretelas, y las salsas del cocinero.

Pero el adelantamiento mas positivo, lo que califica de grande al espíritu de asociacion de nuestro siglo, es su aplicacion al matrimonio; á este doble contrato de nuestra santa madre Iglesia, ya convertido en triple por la moderna filosofía.

Con efecto, desde que todos los galanes se han vuelto barbas, ya no hay drama posible;—desde que los poetas modernos han renegado de la mitología, huyeron de su imaginacion todas las deidades imaginarias, y en la muger no miran mas que un mueble de uso comun, y en el amor nada mas que un sentimiento de orgullo ó de comodidad.—En vez de pintarle niño y alado, hácenle marchar barbudo y con pies de plomo; quitáronle la venda de los ojos, y aplicaron á ellos el catalejo de la investigacion y del cálculo; arrancáronle de las manos el arco y las flechas, y pusieronle en su lugar un bolsillo y una pistola.

Vayan vds. con anacreónticas y cartas en vitela á estos señores *amargos*, que á los veinte años tienen ya *carcomida la existencia*; que no hallan posible el amor sin el ribetito del crimen, ó por lo menos sin peligro de muerte; que entienden, por otro lado, que los sentidos pueden marchar muy bien sin el auxilio del corazon, y que el suyo, en fin, vale mucha plata para entregarle á dos por tres.

Váyanles vds., digo, señoras doncellas, con las indirectas que antes eran de uso comun entre vosotras de... ¡Qué

malo es vd..! ¿Quién le creyera..? ¿Lo dice vd. de veras..? Dígalo vd. á mamá... A ellos, que no reconocen intimaciones ni proclamas, ni hijos ni padres posibles; ni categorías ni fórmulas; que empiezan por apearse el tratamiento á la persona á quien se dignan dirigirse, y por llamarla *muger* á secas, como en otro tiempo decían los patriarcas de la ley antigua á la primera moza garrida que encontraban espigando en el desierto: «*Muger, vente conmigo, y partirás mi tienda y mi lecho,*» y ellas cogían el cántaro bajo del brazo, y echaban á andar tras ellos á partir lo arriba dicho.

Pero ellos (los nuestros) ni siquiera hacen caso de vosotras, espigaderas virginales, que salís á espigar en el campo de la sociedad; y si os dicen por acaso que les sigais, cuenta, que no es la tienda lo que quieren con vosotras repartir.

Pero no; en vano sois sus sombras; en vano os les presentais á todas horas, y bajo las formas mas fantásticas y análogas á su indefinible voluntad; en vano seguís sus gustos, sus inspiraciones, sus manías; en vano remedais sus acciones y apostura;—y si ellos dejan crecer sus cabellos hasta la espalda, vosotras los dejais colgar hasta la cintura; y si ellos procuran *triangulizar* su frente, vosotras seguís en la vuestra la misma geométrica proporción;—en vano palideceis como ellos; en vano sonreís amargamente; en vano cantais llorando, y bostezais en el baile; y en vano quisierais morir para parecerles mejor.—Ellos ni os reparan siquiera, porque su corazón... ¡oh! su corazón está *lanzado en las etéreas é insondables ilusiones de un fatídico porvenir*, y ni han observado vuestras lágrimas, ni vuestras ardientes ojeadas, ni vuestras gracias seductoras, ni vuestro trage sentimental.

Pero al fin son hombres, y al través de esta fantástica

:

existencia, tienen sus horas de *positivismo*; horas en que la materia se rebela contra el espíritu, y lo deja como quien dice arrinconado y sin poder chistar; y en estas horas y en estos días (ó sean noches) en que la flaca humanidad llama á la puerta, es cuando recuerdan que les falta una cosa.—¿Qué cosa es esta?—*La muger*.—Y échanse por esos salones á buscar las mugeres del prójimo, con una seguridad que no parecen sino hermanos de la Mesta que dan suelta al ganado en cualquier prado concejil.—

Porque pensar que estos señores *escépticos* han de dudar de que las doncellas no les convienen, es pensar en lo escusado; y las razones son claras;—1.^a porque las doncellas se pagan mucho de esto del corazón, y el suyo ya queda espresado que es inenagenable; 2.^a porque ellas (las muchachas) si se las da un pie, luego piden la mano, y ya queda dicho arriba que su mano está armada para estos casos de un agudo puñal; 3.^a porque una soltera es una muger completa, y á ellos para su objeto les basta con un *fragmento*; porque aquellas en fin aspiran á un lazo terrible y duradero, y ellos no á otra cosa que á un desenlace pronto y feliz.

Por estas razones y otras muchas que yo me sé, igualmente materiales y tangibles, dijeron y dicen para su capote.—¿Muger?—La del prójimo.—Uno..., dos.... tres.... trinidad perfecta.—¡Ah del espíritu del siglo!—Y aparecióseles el *espíritu de asociación*.

Y el *marido* desde entonces tuvo un esclavo mas á quien mandar; y la muger un dueño mas á quien servir.

Aquel dijo:—«Quiero ser ministro.» y su siervo se constituyó en adulator.—«Quiero ser diputado;» y su cliente se convirtió en candidatura ambulante.—«Quiero ser periodista;» y el amigo colaboró con él la pública opinion.—«Quiero ser poeta;» y el amante se obligó á entu-

siasmar al patio,—«Quiero ser tonto;» y el tercero en concordia fué tonto como él.—«Quiero ser pobre;» y el protector se encargó de pagar al casero.

En cambio de todos estos servicios, por premio de tantos sinsabores, el vice-marido pudo contar... ¡ahi que no es nada!... ¡con media muger!...—¡Y qué muger!... ¿Y habrá todavía quien se ria de los maridos?

No hay, pues, que estrañarse de que en el estado actual de nuestras costumbres, el matrimonio, sagrado vínculo que en tiempos atrasados confundia en uno dos corazones, se haya convertido en un triángulo equilátero, y que sean homogéneos el marido y el amante.—Ambos tienen á la muger; ambos la engañan, ambos la desprecian.—El ídolo dorado se derritió, y quedó el barro tosco y material: lo que antes exigia justa adoracion, es ya por su culpa objeto de burla y menosprecio.

Tal sin duda es el raciocinio de muchos maridos, y tal era tambien el que formaba respecto á su esposa el jóven don....

Pero respetemos la memoria de un desgraciado; y hagamos gracia á nuestros lectores del ejemplo práctico; basta por hoy haberles impuesto en la teoría del espíritu del siglo, el *espíritu de asociacion*.

(Diciembre de 1839.)

... el espíritu de asociación...

El Fastidioso.

... el espíritu de asociación...

... el espíritu de asociación...

... el espíritu de asociación...

... el espíritu de asociación...

EL FASTIDIOSO.

La pluma tiembla en la mano del escritor al ir á trazar en imperfectas líneas el bosquejo de uno de los caracteres mas indefinibles, mas estraños, y sin embargo mas comunes de nuestra mísera humanidad.—Con efecto, ¿cuál de mis lectores al escuchar aquel epíteto no siente ver delante de sí aquella fantástica procesion de seres enojosos y antipáticos que pueblan el mundo, y que parecen espresamente concebidos para no dejarnos aficionar demasiado á sus glorias perecederas?—La pluma, vuelvo á decir, tiembla en la mano del escritor, al ir á atacar de frente aquellos seres terribles y numerosos, aquella fantástica pesadilla del sueño que llamamos vida; y aprovechando un corto instante que le dejan en paz, cierra su puerta con dobles guardas, y todavía dominado por el recuerdo de su vision, esgrime su péñola, temple su paleta y en desahogo de su tormento, ensaya á trazar asi el espíritu y la forma de sus verdugos.

El fastidioso es un ser casi humano, mitad hombre y mitad piedra berroqueña, con la pesadez del dromedario, la actividad de la pulga, y la perseverancia del mosquito: se alimenta como la sanguiuela de la sangre humana que

consume: se adhiere, como la ostra á la roca, al infeliz sobre quien pesa su fatalidad: tiene la locuacidad monótona é irreflexiva del papagayo; la impasibilidad del juicio, y el importuno halago de un perro casero.

Su vida generalmente es larga, y goza de sus facultades hasta sus últimos momentos; rara vez pierde el uso de sus miembros y sentidos, aunque suele á veces quedarse algun tanto sordo, lo cual lejos de contrariarle, le sirve mas bien para no aguardar respuesta y hablar constantemente.

La salud del fastidioso es excelente, y como diríamos en el lenguaje moderno, *providencial*; porque si enfermase podrian sus desgraciados amigos disfrutar algunos instantes de desahogo, y no cumpliría así su mision sobre la tierra, que es apurar la paciencia del prójimo.

Por esta razon el fastidioso es gran madrugador, y emplea pocas horas en el adorno de su persona, para ocuparse en seguir constantemente á sus víctimas.—Es amigo de visitas extemporáneas, y no hay hora en el dia ni en la noche asegurada contra su aparicion. Pasea mucho, y viaja tambien en persecucion de aquellos á quienes no puede hallar en casa; y si alguno huyendo de su irresistible dominacion tuviera la ocurrencia de irse á esconder en las arenas del desierto ó en las heladas islas del Polo, esté seguro de que por el correo anterior habia salido el fastidioso con el objeto de esperarle á su llegada.

Los caracteres amables y bondadosos son aquellos en que mas frecuentemente hace presa, sin que esto sea decir que un genio regañon é indómito pueda bastar tampoco á alejarle, porque no hay ira posible ante un hombre que á todo dá la razon; que si sonreis, rie á carcajadas; llora si suspirais; si os quejais de frio, corre á escarbar el brasero; os quita las motas del vestido; os deja la acera

en la calle, y os cubre con el paragua cuando llueve; todo con el objeto de que sufrais su monótona y causada relacion.—El que pretenda conjurarle con su frialdad y despejo, se equivoca; el fastidioso no entiende de indirectas; al desden responde con cortesía; á la distraccion con perseverancia; si os pilla con el sombrero en la mano para salir de casa, dice que os acompañará, porque vá casualmente por el mismo camino; si estais en la cama, se sienta á la cabecera, y os asegura que él experimenta los mismos síntomas, aunque seais muger y esteis con los dolores de parto;—si le cerrais en fin vuestra puerta, vuelve por la ventana á deciros que dejó olvidado el baston.

En la calle es inútil el caminar de prisa, porque él hallará medios de salir al paso para deteneros en una encrucijada combatida de los vientos contrarios; allí os bloqueará entre el guardacanton de la esquina y un coche parado; os cogerá los botones del chaleco, ú os arreglará el lazo de la corbata, mientras que se informa cuidadosamente de la salud de vuestra muger, de vuestros hijos, de vuestros amigos y del obispo que murió en la mar:—todo esto intermediado con sendos polvos de tabaco que os ofrecerá, y que os hará tomar aun cuando no lo gasteis.

Otras veces, y en una concurrencia ó diversion en que os halleis complacidos, sentados tal vez al lado de una muger hermosa, os preguntará por la vuestra, si sois casado, ú os llevará á parte con mucho misterio á un extremo de la sala para deciros en confianza que se ha publicado la Bula, ó que se murió Cárlos III.—En política os recitará palabra por palabra el discurso que habeis leído en el Eco por la mañana.—En literatura hará en plena tertulia el analisis ó mas bien diseccion de la comedia que todos han visto, escena por escena; y si tal vez permite

á los demás tomar la palabra, á cada una que pronuncien aplicará un cuento vulgar y sabido de todo el mundo, diciendo á cada paso—«se van ustedes á reir mucho»—sin reparar en que él es el único que se rie.

Hombres son estos dotados de una gran memoria que retiene todos los sucesos públicos y privados de que han sido testigos, desde el motin de Squilace hasta la coalicion de los aguadores, complaciéndose en repetirlos con desastrosa prolijidad.—Su vista es perspicaz como la del lince, y jamás olvida las facciones de aquel á quien una vez ha fastidiado. Distinguele desde una legua, corre á él, le agarra del brazo, y á trueque de que le escuche una hora, le lleva á su casa ó le convida á tomar café.

Pero el fastidioso que á mas de fastidioso es desgraciado, es el último término, el *nec plus ultra* del fastidio.—Aunque os encuentre cuatro veces al dia, todas cuatro os ha de encajar la historia lamentable de su desgracia desde que nacieron sus bisabuelos y los bisabuelos de su muger.—Y ¡cuidado con que os oiga suspirar de impaciencia ó de desesperacion!—porque interpretando vuestros suspiros por signos de lástima ó de interés, y creyendo que ha logrado enterneceros, redoblará sus esfuerzos y exclamaciones; sin considerar que vosotros probablemente hallaréis muy natural el que á hombre semejante le engañe su muger, se le subleven los hijos, y la abandonen los criados por no aguantarle.

El fastidioso feliz suele repetir con énfasis que «él no se fastidia nunca,» y es muy natural que asi suceda por la misma razon que la muerte no muere jamás.

Por lo demás,—¡miseros mortales destinados á evitar el fastidio del fastidioso!—si una vez ha llegado á marcaros como sus víctimas, no hay poder en la tierra bastante á libertaros de su dominacion,—porque su omnipresencia es

la de Dios, y su fatalidad la del destino.—Con la vista del águila os distinguirá entre mil, y con las alas del avestrúz os alcanzará en la carrera. Unicamente su muerte pondrá fin á vuestro tormento, y si él es tal que os haga llegársela á desear, pedidle á Dios que sea repentina, pues de lo contrario estais espuestos á experimentar su larga agonía, y morir de fastidio antes que él.

Pero colguemos en fin aqui la péñola, no sea que el lector venga á advertirme de que he trocado los frenos, y que el pintor se ha convertido en el modelo que intentó bosquejar.

UNA MUGER RISUEÑA.

Supongan vds, señores lectores, unos ojos vivarachos, una dentadura blanca y tirada á cordel, una fisonomía abierta y espresiva, narices de respingo, dos manzanitas sonrosadas por megillas, y un permanente hoyuelo formado por ellas á cada lado de la boca; un cuerpo naturalmente esbelto y bien cortado, aunque libre de corsé y ligaduras; una garganta blanca, y un si es no es demasiado enemiga de lazos y cachemiras; un peinado, en fin, sencillo y clásicamente griego, recogido por exigente en sendos bucles al través de las orejas.—Tal es la muger que yo me figuro en esta ocasion, y si vds. no lo han por enojo, podrán, señores lectores, tener la bondad de figurársela conmigo.

El Señor al enviarla al mundo la dijo con tono reposado—«Tú reirás,»—y no bien lo habia pronunciado, cuando ella le contestó con una carcajada:—Lo mismo ni mas ni menos que los poetas del dia, que cuando el Númermen se les aparece á los quince años y les anuncia que gemirán, ellos le responden ya con una docena de dramas á mil cuadros, como percal escocés, que habian compuesto aun antes de saber que serian poetas.

Pero volvamos á la niña en bosquejo, que á no poderlo dudar, es el bello ideal de la humana felicidad.—Porque vds. convendrán conmigo en que la perfectamente hermosa, se vuelve con los años perfectamente fea; la coqueta parece entonces un diablo; la sensible, una cordorniz; la elegante una tarasca; solo la muger risueña parecerá entonces una muger amable.—Por esto tiene entre las demas de su sexo pocas amigas, y no nace esto solo de envidia, sino de temor; porque saben que las observa, se rie de ellas, y las hiere con las poderosas armas del ridiculo.—Esto seguramente no es nada recomendable, pero ¿qué quieren vds? Hay almas de este temple, y afortunadamente para ellas solo pueden mirar las cosas por su aspecto risible y figuron.

La muger que pinto es una de estas almas privilegiadas.—Si escuchá por ejemplo la relacion de un desafio por amores, se rie del muerto y de quien le mató por tan poco motivo; para ella una de las situaciones mas cómicas del mundo es la de un hombre que se pasa una bala entre oreja y oreja, ó se quita la casaca para arrojarla de buena fé en las ceragasas aguas del Canal.—En el teatro no puede contener la carcajada, cuando ve salir la copa de carton ó el puñal de ojalata; en los tribunales rie que se las pela de los manoteos del abogado ó de las narices torcidas del juez; en los debates políticos, de la impolitica de los oradores; y en la sociedad privada, rie de la fama de muchos sábios, de la felicidad de muchos matrimonios, de la riqueza de muchos comerciantes, del valor y arrogancia de muchos héroes.—Todos á encomiarlos y ponerlos en los cuernos de la luna, y ella rie que te reirás.

Muchos creen que tiene talento, porque habla de todo y mete mucho ruido con su alegría; pero á decir verdad,

no hace prueba de su ingenio sino para evitar las discusiones serias; y así cuando las ve venir desde una legua, empieza á conjurarlas con su sonrisa, y cuando llegan á encrespase y la piden su parecer, suelta la carcajada, y deja a sus contrincantes con tanta boca abierta, creyendo que han dicho un disparate.

Tiéndenla las demas mugeres por coqueta y un poco mas; pero es no conocerla; es no saber que su corazon es tan bailarín como sus ojos, y que seria imposible por lo tanto fijarle un solo momento con seriedad.—En vano su belleza y gracia picaresca trae á su retortero cien galanes mas ó menos sublimes, mas ó menos traducidos del francés: no bien los mira arquear las cejas, flechar los ojos lánguidos, doblar la rodilla, y prepararse á hacer una declaracion Calderoniana, complácese la maldita en interrumpirles con una salida tan exótica como esta.—«Dígame vd. Carlitos, ¿le gustan á vd. los pimientos en vinagre?»—y deja al pobre galan en una situacion equívoca, y se pone de dos saltos en el balcon tarareando la Mazurca de *Oriente* ó el terceto de *Elixir*.—Lo he dicho ya, es demasiado tonta para hacer una tontería formal.

Verdad es que este carácter mofador la impidió encontrar lo que en el lenguaje comun se llama una *posicion social*, es decir, un marido á quien entregar su libertad.—Y no puede ser menos; porque todos los halla tan risibles que acaban por ponerse serios, y tocar retirada. Cual la parece demasiado formal para jóven, cual demasiado calavera para señor mayor; dánla en ojos las descuidadas barbas del romántico, y se rie del clásico con su peinado *bisogné*; ridiculiza al uno porque se pone mal la corbata; al otro porque se la pone demasiado bien, y al tercero en fin porque no se la pone de ninguna manera.—Desdeña á un médico porque lleva sortijas; á un

militar por que se pone pendientes; á un literato porque gasta anteojos, á un abogado porque le nombró á Ciceron.—No hubo forma de reducirla á aceptar á un progresista porque era pretendiente, ni á un retrógrado porque era cesante, ni á un estacionario porque era Oidor; y hasta desechó á un hombre honrado porque se llamaba don Lucas, diciendo que era imposible que quien tenia tal nombre pudiese entender de amores.

Pues á pesar de estos caprichos es una muger necesaria en la sociedad; porque ella anima la conversacion; es secretaria de todos los enredos amorosos; presidenta de todas las *galops*; y forma con las mamás y las tias la comision extraordinaria de comidas á la Alameda y viages á Carabanchel.—Los años pasan por ella, ó por mejor decir ella pasa por los años, sin que ni unos ni otros se den por entendidos de ello; y con la misma gracia y buena fé con que se rió en distintas ocasiones de las funciones cívicas y de las procesiones del año santo, se rié ahora de los sábios improvisados, y de los héroes de ciento en boca.

Ya os veo venir, señores moralistas, ya os veo venir; sin duda que vais á decirme que es cosa reprehensible una muger que convierte un salon en una galería de caricaturas; que renuncia á aquella reserva que el decoro y la buena educacion imponen á una jóven; que se espone con esta indiscrecion á las hablillas y á las sospechas... Alto ahí, señores míos, ya he dicho que nuestra heroína es buena; solo que la ha dado por reir; y díganme ustedes de buena fé ¿merece otra cosa este siglo del fósforo, de los programas y de la limonada de gas?

Ella, en fin, conjura con su sonrisa sempiterna no solo los años, sino los trastornos y miserias que con ellos vienen; conjura con su fria careajada los ardientes juegos del

amor; con su lábio desdeñoso las petulantes demasías del orgullo; con sus lindos hoyuelos las envenenadas armas de la envidia; con su amable locuacidad la compaseada etiqueta del salon; con su ingeniosa sencillez, los proyectos mas dobles para rendirla.—En todas partes está y en ninguna se está cierto de encontrarla; á todos contesta y con nadie sigue correspondencia; mira, en fin, á la sociedad como un objeto de diversion; á los hombres y mugeres como los muñecos que la divertian en su niñez; al amor como un juguete, y la tertulia y el Prado como una tienda de tiroleses.

El traje es el contrapunto del alma, y el hábito de la persona:—falta un traje estranjero por alguna ocasión de sus visitas de foras y miradas, y está expuesto, que no para de ser una sociedad en la boca ó en la mano de un hombre. El traje es ser venturoso y oportuno en la de un hombre griego ó es lo de un hombre romano.

En efecto, y por poco que se mirase, se podría negar la influencia del traje en la sociedad. Pero de la persona, que es la primera parte de un hombre, nada está en la leyenda de esta sociedad. Nada de esto, —dice Placido, que se vea con una mujer, que sea de seda, que guste livia y espaldas, —si se vea de un hombre Placido, tiene el uno pelo de Seda de hombre, hombre mujer.

La segunda distincion hecha del traje, tal es, la de la persona, y de tal vez mas fácil de ver, y se ve en la vida, una persona, señora, hombre, hombre, y tal vez dos guarda y brida, vestir chaquetas y zapatos, tal vez almira y sandalias, y tal vez el traje de la persona, y un guiso, 40

